

REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 15 DE MARZO DE 1920

Nº 15

VERSALLES

VERDAD que ha sorprendido la noticia? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que se esperaba que M. Clemenceau sería elegido Presidente de la República francesa?

En los primeros meses de la guerra me hallé en Génova rodeado de varios periodistas españoles, que eran todos ellos aliadofilos, con gran contento mío. Yo me figuré que las simpatías de aquellos compañeros serían también las de las clases educadas de España, y esta creencia me hizo feliz durante varias semanas. Cada vez que había surgido una guerra en el mundo tuve que nadar contra la corriente de mis compatriotas. 1899, guerra del África del Sur—a mí me había parecido que los boers no tenían derecho a cerrar a la humanidad el acceso a la explotación de las riquezas de sus minas; 1904, guerra del Extremo Oriente; yo estaba seguro de que la Rusia de los Zares no podía oponer un valor superior al culto caballeresco del «bushido»; 1912, guerra balkánica; no me cabía duda de que había que estar contra el turco, por tratarse de un pueblo culturalmente estéril, ni tampoco de que Serbia, Grecia y Rumanía debían vencer a Bulgaria en castigo de la soberbia de los búlgaros.

Me era clara la causa de los errores de mis compatriotas. Estos se ponían a contar habitantes, bayonetas y superficies territoriales, y prescindían en sus cálculos de las razones que asistían a los beligerantes y del ímpetu con que las sentían. Las clases cultas de mi país son víctimas de un realismo que sólo cuenta con los factores ponderables. En rigor, este realismo merecía una de esas palabras populares tan expresivas como poco corteses.

1914. Sabía que Alemania era el más fuerte de los beligerantes. Si el mundo tenía que pasar por la ignominia de tener un amo solo, Alemania podía ser el amo. Esta consideración me hizo antialemán. Y cuando lloraba de alegría al imaginarme, en Génova, que en esta guerra decisiva iban a coincidir mis sentimientos con los de los míos—porque yo no he nacido para la disidencia, sino para el asenso—, me encontré con que la misma razón que a mí me colo-

caba frente a Alemania, hacía germanófila a mi gente.

Derrumbóse el imperio alemán. Y mientras se elaboraba el Tratado de paz de Versalles los periódicos de París decían: «Nosotros no somos ideólogos. Nosotros no entendemos de principios abstractos, sean catorce o sean cuatro. Nosotros no queremos saber más que de reparaciones y garantías». Comprendí que en aquella atmósfera era imposible una paz razonable, y me volví a Inglaterra. Era la hora de Clemenceau, el «tigre».

Esto de que se le pueda llamar «tigre» le ha hecho popular entre los realistas españoles menos asequibles a los imponderables. Parece que su santoral—el de éstos—se compone de tiburones, hienas y panteras. Nuestros germanófilos se hicieron clemencistas desde el momento en que se figuraron que no era disparate comparar al «tigre» con un mortero de 420. Ahora se sorprenden de que no haya sido elegido presidente, y se lo explican diciendo que no era diplomático. Le querían serpiente, además de tigre. Y suponen que M. Deschanel debe la elección a su buen sastre.

La verdad verdadera es que el Tratado de Versalles, obra de Clemenceau, grande para la guerra, torpe para la paz, se ha venido abajo. Lo característico del Tratado es que privaba a Alemania de sus recursos naturales y la obligaba al mismo tiempo a pagar una indemnización de guerra que ni los Estados Unidos, con sus riquezas fabulosas, habrían podido resistir. Es el talón del vencedor sobre la cerviz del vencido. Y los alemanes lo merecen, hablo de los mayores de edad, porque habían pecado de soberbia, pero, ¿no es verdad que no es justo que los niños de Alemania, condenados a malograrse, paguen los pecados de sus padres?

El Tratado se habría sostenido, a pesar de su crueldad rencorosa, si los aliados de Occidente hubieran llegado a tener, como esperaban, un Gobierno amigo en Moscou y Petrogrado. Lenin y Trotski, empero, han acabado militarmente con Denikin y Kolchak. ¿Qué impide ahora que Alemania y

Rusia se unan? ¿Polonia, Rumanía, los pueblos bálticos, los Estados con los que quería formar Clemenceau el «cordón sanitario» que aislase el bolchevismo? A la luz de las victorias bolchevistas, ese cordón no es ya apenas un hilo. Y si se unen Alemania y Rusia, no hay que hacerse ilusiones; los aliados han perdido la paz.

Versalles ha dejado a los aliados frente a Alemania y frente a Rusia. Este ha sido el resultado práctico de un Tratado, en el que los aliados no se cuidaron, frente a Wilson, sino de asegurar prácticos resultados. Hay que cambiar de política. Si el enemigo es el bolchevismo, como suele creerse en Inglaterra, hay que atraerse a Alemania para combatirlo, y para atraerse a Alemania hay que tratarla mejor; y si el enemigo es siempre Alemania, hay que seguir otra conducta en Rusia.

M. Deschanel ha sido elegido Presidente de la República francesa, teniendo a M. Briand de primer elector y a los socialistas unificados de electores rasos. Y con este acto, se me figura que se inicia en Versalles la rectificación del Tratado. Por de pronto, se ha descubierto que para estas cosas de la política internacional, hacen falta hombres cautelosos; que no se abandonen a la pasión nacionalista, al punto de que a fuerza de sentirse agraviados por otras naciones, las agraven y conciten en nuestra contra. Pero tampoco basta la cautela. Yo desconfío, tú desconfías, él desconfía... y todos desconfían. Preferible es el espíritu de justicia, y como el espíritu de justicia se expresa en mandamientos, henos aquí de vuelta a la ideología y a los puntos de Wilson, de aquel pobre Wilson que cometió la torpeza de ponerse a negociar sin poderes bastantes, pero que realizó obra perdurable con el solo intento de querer someter la vida internacional a principios abstractos.

Verdad que las abstracciones no suelen parecer respetables a los admiradores de la política de tigres y serpientes; pero no se trata de las abstracciones mismas, sino de las realidades a que hacen referencia, ¿y es acaso, Señor, tan difícil abrir los ojos un póquito a los factores morales de la historia?

RAMIRO DE MAEZTU

(La Publicidad, Barcelona, 20 de enero de 1920).

Camino de soledad

EL Senado de los Estados Unidos volverá a considerar dentro de pocos días el tratado de Versalles que tiene en estudio y que sólo un milagro de patriotismo podrá salvar, pues con las reservas votadas antes del receso, está perdido sin duda alguna.

Los Estados Unidos son muy capaces por cierto, de ése y de otros milá-gros, ya que no hay país más sensible al ideal de justicia ni más sujeto a la razón. De aquí la confianza con que el mundo sigue esperando y, de consi-guiente, rindiendo el más alto home-naje a su rectitud y a su inteligencia.

Esta esperanza inspira sobre todo a la América solidaria, y puede añadirse que con su dejo de angustia. Es, en efecto, enorme, irreparable por muchos decenios quizá, lo que puede perderse, y para apreciarlo mejor, basta ver el impaciente regocijo de las fuerzas con-trarias. La reacción que ayer se caracte-rizaba como germanófila, y que hoy exalta su quimera política bajo un programa cada vez más definido de reincidencia virreinal, saca en el acto provecho de aquella complicidad ines-perada. Y fuera torpe no apreciarla en lo que vale. Ya consiguió, ayer no más, que la Argentina y Chile, por ejemplo, no acompañaran a los Esta-dos Unidos en la guerra contra el im-perio alemán, a despecho de los prin-cipios comunes. Ello fue consecuencia en gran parte de la desconfianza que había conseguido sembrar contra la doctrina de Monroe, explotando cier-tas actitudes censurables de la diplo-macia de la Unión, como la que obser-va ante Colombia por mero abuso de fuerza. Pues si la política de aquélla ignora profundamente lo que pasa en la América latina, la reacción que de-cíamos no le pierde pisada, y aprovecha todos sus errores para desprestigiarla con rencorosa ironía. Esto redundo, como siempre, en desventaja del que ignora.

Mientras se trató de republiquetas in-significantes, devoradas por la guerra civil, su opinión pudo carecer de im-portancia. Mas ahora, al amparo de la propia doctrina de Monroe, cuyos in-calculables beneficios nunca sabremos debidamente agradecer, muchas de aquéllas se han engrandecido y cuentan ya como potencias en el mundo. Serán cada vez más poderosas, a no dudarlo; su concierto igualará pronto al grupo europeo para sobrepasarlo después, en virtud de posibilidades evidentes; y hé aquí el momento que los Estados Uni-dos elegirían para aislarse con soberbio desdén, transformando en imperialismo más o menos brutal—pues hipócritas no son, por ventura,—aquel fraternal

resguardo de la libertad americana. Jamás se vió paradoja más grosera: no hicieron imperialismo cuando nuestra debilidad lo habría posibilitado, y en-trarían a pretenderlo cuando no lo puedan ya imponer; cultivaron en el desinterés y en el honor una justísima influencia, y la sacrificarían sórdida-mente y la deshonorarían en el momento de su natural fructificación.

Porque nuestro afecto, nuestro gran-de y sincero afecto, no excluye la pers-picacia. Sabemos perfectamente lo que hay detrás de ese americanismo cerra-do que intenta poner sobre la liga de las naciones la doctrina de resguardo fraternal desnaturalizada en aislamien-to imperialista. Y como eso no puede producir otra cosa que la deserción de los Estados Unidos, su voluntaria ex-clusión del concierto americano, y con ello su hundimiento inevitable en el militarismo, su grandeza fatalmente condenada a derrumbarse bajola roe-dura del odio universal, los que somos sus amigos seguros en aquella región del perfecto desinterés, donde, a seme-janza de lo que ocurre en el azul per-fecto de la elevación, se ve claro porque no hay más que cielo, conceptuamos necesario decirlo por si de algo sirve, y aun cuando no: ya que la conciencia es como el perro fiel que no se le pue-de acallar sino con matarlo.

Una opinión honrada siempre vale cosa, pues tiene algo de la simiente excesiva que el árbol entrega al viento. Por eso hay que darla con despreocu-pación valerosa, y ya se logrará mucho si algún pájaro la pica, listo, al pasar.

Necesito explicar con dos palabras

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Cien-cias y Educación, Misceláneas y Docu-mentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE y Cía.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	\$ 0-50
La serie de 5 números, paga-da por anticipado y solicita-da a la Administración.....	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	4-00 » »
La página de avisos, por in-serción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

mi actitud aunque me repugne hacer-lo. Durante los treinta años que llevo de escribir, mi admiración y mi afecto a los Estados Unidos conserváronse invariables. Sus malas acciones, que algunas han cometido, pues hombre ni pueblo perfectos no existen en ninguna parte, nada disminuyeron mi fe. Las cualidades de la gran república son de tal modo superiores a sus defectos, que le dan, moralmente hablando, el primer sitio entre las naciones. Y así es como ejerce también por su eminencia incontestable, la representación natural de toda la América. Sólo quiero citar un hecho que define mi actitud: en el programa americanista de la «Révue Sud-Américaine», fundada en París bajo mi dirección, dije en 1914: «el panamericanismo carece de signifi-cación sin los Estados Unidos...» «La doctrina de Monroe debe pertenecer a toda la América y no a los Estados Unidos solamente». Y previendo la ca-tástrofe que debía estallar ocho meses después: «estamos con toda evidencia en vísperas de un nuevo conflicto aná-logo al de la Santa Alianza con la Eu-ropea liberal», preconizaba aquella ge-neralización de la doctrina que «es siempre la fórmula del panamerica-nismo».

Dicha colaboración significaba, como lo he explicado más de una vez, la in-tervención mutua por medio de infor-mes constantes y de acciones concordes que le dieran eficacia permanente. Así, uno de los hechos más notables en la materia, fue la mediación Murature que llevó a la conferencia de Niágara-Falls. Iniciativa histórica si las hay, cúpome interpretarla en la citada re-vista (junio de 1914) diciendo: «La doctrina de Monroe ha dejado de ser un instrumento propio de los Estados Unidos para convertirse en la fórmula del Nuevo Mundo, así constituido en una poderosa entidad para honra de la civilización y de la justicia».

Este concepto superior, aplicado con verdadera maestría por el joven, pero ya maduro estadista, autor de la me-diación, era lo que obligaba nuestra solidaridad hacia los Estados Unidos cuando éstos entraron en guerra con el imperio alemán; conducta de sencilla lógica que el gobierno se obstinó en no comprender. De ahí la porfiada campaña que ocupa casi por mitad dos libros: «Mi beligerancia» y «La Torre de Casandra».

La intervención de los Estados Uni-dos en la guerra, dando por fundamen-to al nuevo derecho internacional los principios wilsonianos, y por instru-mento de su ejecución la liga de las naciones, colmó nuestras esperanzas, puesto que generalizaba para el mun-do entero la doctrina de Monroe en cuanto tiene de más elevado: la auto-determinación de los pueblos y la con-

denación de la conquista en que hasta entonces habíanse resumido los llamados «derechos de la victoria». La conquista nada fundaría contra la voluntad del conquistado. Y puesto que el derecho internacional había consistido hasta entonces en una serie de sanciones de fuerza, cuyo instrumento normal era la diplomacia militarista que llevaba la «última ratio» en la punta del simbólico espadín, creímos que con aquello otro los Estados Unidos inauguraban sobre la tierra «una nueva civilización» («La torre de Casandra», página 8).

Conforme al estrecho nacionalismo alardeado por los senadores de las reservas, trataríase de una «potencia» más como las de antes: una de aquellas que median su derecho por el alcance de sus armas, a semejanza de cualquier salteador. Pero, procediendo así, los Estados Unidos no defraudarían impunemente al mundo que en ellos tiene puestas sus esperanzas. La animadversión correspondería al desengaño. El noble país cargaría con las odiosas sospechas del caído imperio alemán.

Se dirá que tiene fuerzas de sobra para proceder como se le antoje y hacerse respetar en consecuencia. Sin duda; pero de eso le vino a Alemania el desastre, y la nueva organización del mundo que va constituyendo visiblemente un estado de armonía, contrario por sí mismo a todo aislamiento y a todo exceso de fuerza, convertirá en mortíferas estas dos condiciones por su anacronismo y su inadecuación. No basta ser el primero del mundo. Hay que ser más fuerte que todo el mundo. Pero sólo el despotismo, que es una forma de enajenación mental, intenta realizar este absurdo clásico, diremos así, de la parte mayor que es todo, y se suicida con él, según acabamos de verlo una vez más en la historia de los hombres.

Ese aislamiento, se dice, es la política de Washington. ¡Pobre recurso de un patriotismo paupérrimo! La imitación de los grandes hombres no consiste en repetir su política, o sea su acomodo ocasional a las condiciones de su tiempo, sino en practicar la justicia a que ajustaron su conducta. Esta práctica consiste en una sucesión de modos diversos, y que deben serlo conformes con la evolución de la cultura y de las ideas. Si desatendiendo este proceso se obstinara en un solo modo, llegaría a la injusticia por falta de inteligencia. En tiempo de Washington, Europa era el mundo del absolutismo y de las coaliciones despóticas fundadas en la fuerza. Los Estados Unidos carecían de lo necesario para intervenir en aquel concierto como potencia de primer orden, de suerte que su papel subalterno habría

tenido por único resultado pervertir su democracia. Nada más acertado, pues, que la política de Washington. Pero ya en tiempo de Monroe, bajo la misma fórmula con que éste ratificó dicha política, tornándola de mera abstención nacional en activo procedimiento continental, la inteligencia con Inglaterra, a cuyo espíritu democrático repugnaba el absolutismo de la Santa Alianza, reveló un vínculo de simpatía entre las democracias del mundo entero. Así empezó a definirse el verdadero concepto de la recomendación washingtoniana.

Los principios de Wilson, la liga de las naciones que será su instrumento, coronan la evolución iniciada en 1823. Los Estados Unidos triunfan democratizando al mundo, que es decir haciéndolo como ellos, conformándolo a su norma de justicia y de libertad. Y fuera difícil concebir mejor victoria.

Parece, pues, que lo impolítico sea estorbarla, prefiriendo el nacionalismo imperialista o el aislamiento, perfectamente quimérico por lo demás, dadas la grandeza y la actividad de los Estados Unidos. La prosperidad vital de todo organismo inteligente alcanza la perfección, cuando en aquél se armoniza el estado de conformidad espiritual que se define por su noción de justicia con la conveniencia que asegura materialmente su bienestar. Y eso lo resume para los Estados Unidos su concordia con el mundo.

El verdadero espíritu despótico que anima también a las instituciones representativas de carácter político, révelalo con claridad esa actitud de los cincuenta senadores que contrarían y defraudan la voluntad de pueblos enteros, inclusive, quizá, la del propio, al impulso de móviles tan elevados como se quiera, pero no exentos de ojeriza partidaria. ¡Cincuenta políticos pueden, así, retardar o comprometer en nuevos conflictos mortales la suerte de la civilización humana! El despotismo de esos republicanos, por ahí se anda con el del kaiser en la obra de maldición.

Mas la semejanza funesta no para aquí.

El mundo que irresistiblemente se constituye sobre los principios wilsonianos cuya clarividencia consiste en el acierto con que formulan el inevitable porvenir, lo hará con tanta deficiencia como se quiera, pero lo hará sin los Estados Unidos. La actitud de estas repúblicas hermanas comportará para esa política, si triunfara por desventura, el primer desengaño. «Tenemos por absurda, dije en aquel primer ya citado artículo de la «Revue Sud-Americaine», toda liga anti-europea, en la cual no entraríamos jamás, porque de Europa proceden nuestra cultura, nuestros capitales, y en gran

parte, nuestra mejor población». Ahora bien: esto se ha tornado irrevocable, pues formamos parte ya de la liga de las naciones. Tendríamos que optar entre el panamericanismo sin la liga, o la liga sin aquél. No quepa duda: haríamos esto último. Entonces, tarde o temprano, los Estados Unidos deberán pedir el ingreso a la misma sociedad que desdijeron después de fundarla. El mundo les ganará así su primera batalla si llegan a aislarse de él.

Por esto hay que insistir en la comunicación con el pueblo de los Estados Unidos, no con sus políticos ignorantes y soberbios; volvernlos decididamente wilsonianos, como lo dije más de una vez llevar allá nuestra opinión que no puede ser tachada de extranjera. La diplomacia latino-americana ha andado lerda como siempre. Ha sido más extranjera que americana cuando debió ser lo contrario. Pues en el peor de los casos, nosotros seremos siempre americanos en los Estados Unidos. Podemos ser más: podemos ser partidarios de Wilson. Debemos serlo. Así verán los políticos la grandeza americana que intentan disminuir en él, y el patriotismo que les supongo iluminará sus obstinadas cabezas. Qué ¿no quieren que haya otro Washington en los Estados Unidos? Pues sepan que es vana su intención. Ya lo tienen.

A nuestra vez, necesitamos más que nunca de los Estados Unidos. Su influencia moral, su buen ejemplo, que tan eficaces fueron durante la organización constitucional de la América Latina, requiérellos otra vez el estado en que ella se encuentra. Pues la verdad es que las cosas van poniéndose malas por acá, y seguramente para pasar a peores. El reciente fusilamiento del general Angeles, en México, reabre una época bárbara cuya duración nadie puede medir. Prisionero de guerra, revolucionario, es decir, autor del mismo delito que diera al Presidente Carranza su posición, gloria mexicana en la más alta esfera de la sabiduría militar, su ejecución resulta un acto sistemático de barbarie. Si el motivo más trivial favorece el indulto de cualquier asesino con humanitaria largueza, nunca excesiva ante lo irreparable de la muerte, cuánto no lo merecería el brillantísimo oficial. Ahora bien, lo siniestro es que lo mataron por eso mismo: para extinguir la luz que echaba. ¡Sangrienta cepa del caudillaje americano, que por todas partes ha de dar los mismos frutos!

El Perú acaba de presenciar una insurrección que celebra su triunfo incendiando los dos primeros diarios de Lima, y que lo consuma deportando cruelmente a los mandatarios caídos:

es decir, cometiendo los dos atentados típicos de la barbarie.

La plebe del interior levanta aquí como símbolo de su ideal, una alpargata en la punta de una caña. Así, a la vez, se glorifica y se define. Esa alpargata significa en ella lo que las alas talaras en el numen antiguo: la marcha triunfal; pues la soberana demagogia llevó siempre (Mercurio era un dios popular) su ideal en los talones.

Otras inquietudes más profundas, si no más graves, padecemos todavía.

Colombia sigue esperando de los Estados Unidos la justicia que le deben por ley de honor, y todos participamos de su inicua pena. Ello hace más contra la gran República que diez contrastes diplomáticos. Si, como es desgraciadamente posible, el nuevo conflicto con México empeora, la intervención de los Estados Unidos, por moderada que fuera, causaría, sumándose con aquello, grave detrimento a su influencia continental. El sombrío asunto de Tacna y Arica sigue manteniendo a tres naciones en temperatura febril, como una herida mal curada.

Por otra parte, la sospecha de que el pangermanismo, derrotado en Europa, intentaría recobrase aquí, está ya verificándose. Llegan a nuestras playas verdaderos cargamentos de alemanes, de nobles y de militares de profesión, que el gobierno debiera haber rechazado como inmigración inaceptable o peligrosa, y que van a instalarse en los ya conocidos puntos fronterizos de vinculación pangermánica: Misiones y el Neuquen. Nuestra incuria optimista prepáranos, quizá, sorpresas desagradables a plazo no muy lejano; pero en todo caso, habría valido la pena que se vedara el acceso del país a la doble plaga nobiliaria y militarista. Nuestra democracia trabajadora arriesgará su salud al contacto de esas castas odiosas.

Tal es, a grandes rasgos, lo que comprometería el aislamiento americano, cuyo mero conato se encarga de comentar acto continuo la recientísima actitud de Alemania, ante la ratificación de la paz. La miserable reducción de la victoria americana a un asunto de política interna, aborta en espina bajo el árido soplo del egoísmo. La soberbia lleva en sí misma el castigo, pues se encarcela con aislarse en su agujero de víbora. Allí le salen profusos los dientes del rencor y se le acendra cada vez más la ponzoña. Pero su aborrecida madriguera es siempre el término de un camino de soledad.

LEOPOLDO LUGONES.

(La Nación, Buenos Aires).

Envío de R. Martínez Solimán.

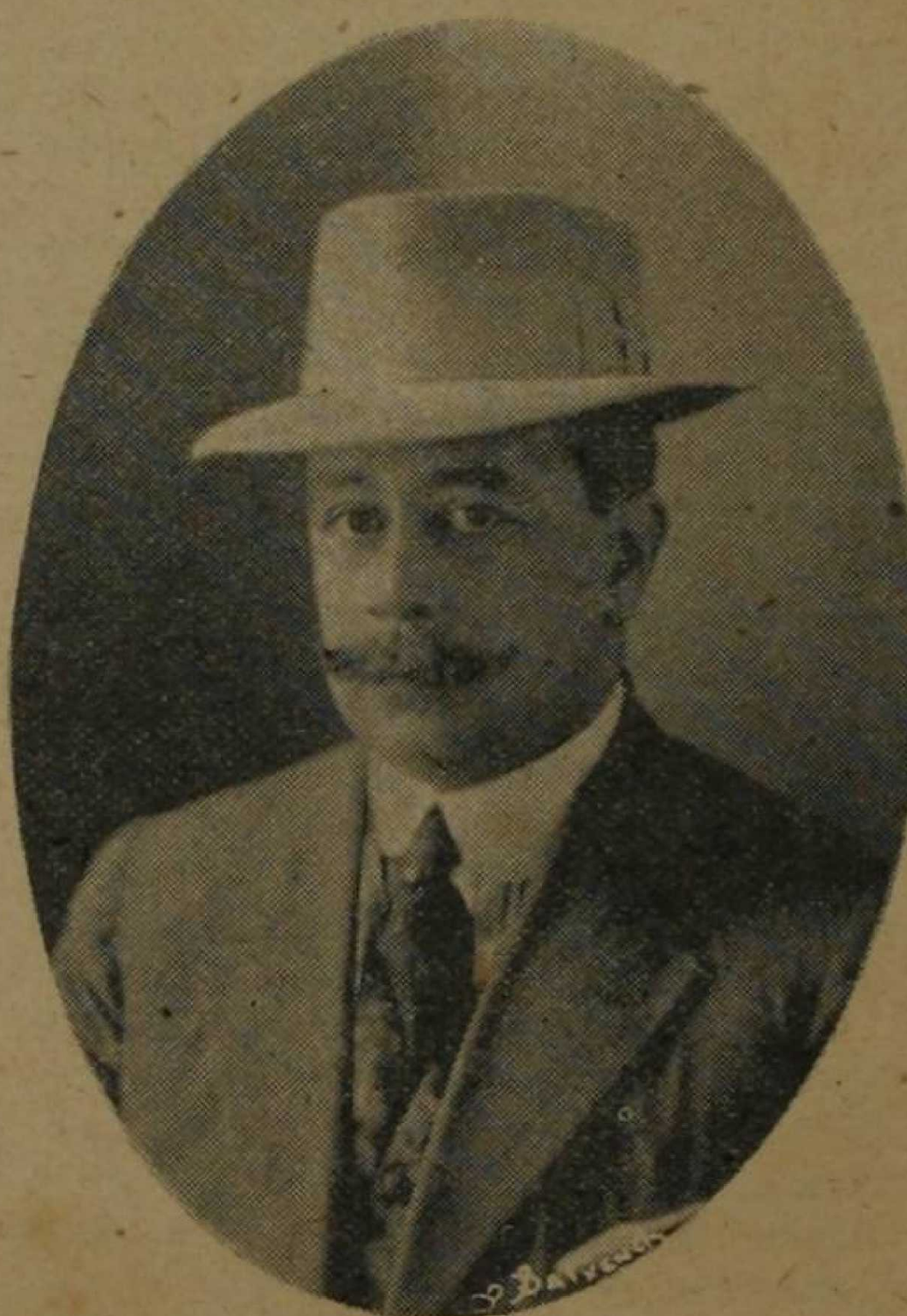
Algunas páginas de Froylán Turcios

VUELO IGNOTO

ALMA, remóntate a las alturas inaccesibles, más allá de las nubes errantes, en los diáfanos éteres de zafiro.

Elévate sobre las cumbres en donde el águila negra afiló la metálica uña y en donde las rocas parecen de plata de tanto sentir el fuego del sol.

Sobre los mares y las cordilleras, sobre las muchedumbres y los desier-



FROYLÁN TURCIOS

Asiduo y fino cultivador y propagador de las bellas artes en Centro América.

De algunas semanas a esta parte, nuestro distinguido huésped.

tos, álzate en súbitos ímpetus y reposa serenamente en el aire constelado, en pleno olvido de las cosas que fueron.

Sube, asciende, libre de todo efímero lazo terreno, ágil como un pétalo en el cerúleo espacio, cual mariposa encantada en la perpetua luz de los orbes.

Lejos del mísero soplo humano, del roce de las almas inferiores; fuera de la órbita de los pensamientos plebeyos y de los oscuros designios, traza a tu alrededor un amplio círculo resplandeciente en donde puedas gozar de la absoluta ilusión de la Belleza.

Corónate de átomos rutilantes. Perfúmate con el aroma de los siderales jardines. Embriágate con la música de los Universos.

Vuela, en la hora ambiciosa de la nocturna esperanza, con las alas qui-

méricas del sueño, hacia el ignoto arcano de los firmamentos... Y que el alba te sorprenda en tus éxodos mágicos en pos del Ideal, toda vestida de fulgores, con que puedas iluminar a tu paso las penumbras de la Vida.

OASIS AMABLE

Los libros hicieron rebosar de tristeza mi corazón, torturando mi pensamiento. El análisis mató mis ilusiones y envenenó mis días. Ya en mi alma no se refleja la hermosura de las cosas, como las nubes errantes en el espejo de las fuentes.

Enfermo de saber y de cultura, vengo a tu agreste rincón ¡oh Menandro! a beber, bajo los tupidos ramajes, un sorbo de agua fresca.

Quiero reposar en paz en la penumbra de la selva, sobre la tierra silenciosa, lejos de la estéril sabiduría de los hombres.

Recostado en la verdura de los gramales, aspiraré el perfume de los céfiros, soñando en una Arcadia ignota, bajo los cielos de zafiros.

Y si me duermo, caerán, lentamente, sobre mi rostro inmóvil, las hojas secas...

LAS GARRAS DEL TIGRE

I

EN la casa montañera resonaban terribles lamentos en la sombría noche de junio.

La alegre Juanita, de once años de edad, fué víctima de la bestial lujuria del bandolero Jose Garmendia (a) *el tigre*, que merodeaba por llanuras y serranías, marcando su huella con toda clase de infamias.

La pobre criatura fué asaltada por el feroz criminal a cien metros de la casa, en la vereda del *Ojo de Agua*. A sus agudos gritos acudieron la madre y las hermanas, pues los hombres no habían regresado de los tabacales de la vega. Pero llegaron tarde. El bruto —tras la vil satisfacción de su deseo— huía velozmente por entre los árboles.

Juanita yacía inmóvil sobre el sendero, con las ropas desgarradas, medio desnuda y cubierta de sangre. El bandido, en la exasperación de su animalidad, y ciego por la resistencia, la golpeó horriblemente. Los ásperos dedos señalábanse en la blancura del cuello infantil y de las pálidas sienes manaban hilos de púrpura.

Apenas pudo decir el nombre de su

verdugo, muriendo algunas horas después.

II

PASARON varias semanas. Los inspectores de policía temblaban ante la probabilidad de encontrarse con José Garmendia, y ninguno se atrevió a perseguirlo.

Era un temible malhechor, fuerte como un toro, ágil como el felino cuyo nombre llevaba, y de una crueldad sin ejemplo. Conociendo el terror que se le tenía, utilizábalo en la continuación de sus audaces atropellos.

Decíase que cruzó últimamente la frontera de Nicaragua, después de asesinar y robar a dos *achines* en la Cuesta de Azacualpa.

III

JUAN DIEGO, el menor de los hermanos de Juanita, y el que ésta más quería, cambió de carácter desde la tarde del horrendo crimen. Perdió su buen humor habitual y su pasión por el trabajo. Sumergido en un tenaz silencio, pasábase días enteros echado en la hamaca de gruesa cabuya o errando por los montes. Contestaba ágramente las preguntas que se le hacían, y, dominado por negra pesadumbre, olvidóse hasta de su novia, la muchacha más hermosa de la próxima aldea.

Con frecuencia dormía afuera. Tirábase en la frescura de las hondonadas y sorprendíale la aurora mirando la palidez de los luceros...

Era un mocetón moreno, gallardo y musculoso, de rostro arrogante y mirada profunda.

Una mañana de las últimas de septiembre desapareció de la montaña. Y nadie supo más de su paradero.

Su padre y sus tres hermanos le buscaron por todas partes, y tras inútiles pesquisas, creyeronle muerto.

VI

PERO una noche todos despertaron a los violentos ladridos de los perros. La familia se levantó sintiendo que alguien destrancaba la salida del patio.

En el instante en que abrían la puerta de la casa, Juan Diego apareció en el umbral.

Rodeáronle entre exclamaciones de júbilo. Parecía más alto y barbudo y sus negros ojos fulguraban.

—¡Padre!—exclamó. Aquí tiene las feroces garras de *El tigre*, a quien dejé colgado de un roble en el valle de Jamastrán.

Y extrajo del saco de cuero que pendía de sus hombros dos objetos horribles y nauseabundos. ¡Dos manos hinchadas y monstruosas, peludas y negras, húmedas de barro y de sangre!

PRECEPTOS METALICOS

I.—Prueba en la adversidad el valer de tu alma. Y muere de miseria antes que derrochar una partícula del oro de tu carácter.... Sé avaro de ese tesoro divino.

II.—Que la serenidad de tus ojos refleje la paz luminosa de tu espíritu. Y que tus palabras encierren una verdad y una enseñanza.

III.—Pasa, limpio de conciencia, por el obscuro estercolero humano. Y si tu virtud atrae la envidia de los mediocres, sonríe piadosamente.

IV.—Practica el bien sin esperar recompensa. Y olvida el insulto de los débiles. Pero si algún insolente poderoso te asalta en el camino, hazle conocer que tienes, bajo la sencilla apariencia magnánima, el ojo del águila y la garra del león.

SUPREMO ARTIFICE

¡Oh rimador! Conoces el alma de la Lyra: el milagro recóndito del verso, los profundos valores de las sílabas.

Sometes las palabras a tu poder despótico. Como diamantes fulgen los vocablos en tu ritmo sonoro.

Tu mano milagrosa forja el pálido estroque florentino. Y resplandecen misteriosas piedras en la gama suprema de tu estilo.

Juegas con el sonido como juega el malabar con su aro de colores. Deslumbras con tu frase de relámpago y su espíritu arrancas a las voces.

Te ofrendó su secreto la portentosa musa de las cumbres, que vive entre los vientos y las águilas, viajera por las bóvedas azules.

¡Asciende por la escala luminosa oh domador del Pensamiento! Tienes ante tu enorme gloria el rayo y las montañas de laureles!

¡Va tu alma desde lo ínfimo a los hondos génesis de los soles errabundos: desde las simples cosas al arcano de los sagrados números!

FROYLAN TURCIOS

UNA VIDA

(Conclusión. Viene de la pág. 213).

II

«YA he hablado previamente. Preséntate al Prefecto y dile que eres hijo de Juan», me dijo mi madre, dejándome a la puerta del Colegio de Infantes. Y pocas mujeres con la frase «y dile que eres hijo de Juan», dirigida a ese hombre de bien que se llama don Pedro, pudieron ofrecer mejor recomendación.

«Ah, es Ud. hijo de Juan. Muy bien tendrá que portarse si quiere ser digno de tal padre. Venga, le presentaré a algunos compañeritos, a quienes le recomiendo elija por amigos». Y con una solicitud admirable, padre múltiple que atendía en una amplísima esfera de acción a las necesidades de cien hijos, me llevó ante algunos futuros compañeros de clase, sabiamente elejidos. Eran, como yo, muchachos de caras tímidas y bien parecidas, limpiamente trajeados y de movimientos llenos de mesura, a quienes tres o cuatro generaciones de hombres honrados habían asegurado el equilibrio moral. Compañeritos por los que me sería menos duro el roce con escolares turbulentos, que llenaban el patio, estrecho para un colegio, de gritos y de risas o medían con sus cuerpecillos elásticos las duras baldosas de un pavimento, impropio del todo para lugar de recreo de la alegre legión.

En el centro del patio descollaba so-

bre su pedestal la estatua de un Colón de poco más o menos de un metro. Al lado se elevaba majestuosa la Catedral de Guatemala. Mi curiosidad venció a mi timidez y, solo, me aventuré en el segundo patio. Era aún más reducido que el primero, pero a mi me pareció todo un mundo. ¿Por qué en el recuerdo de la infancia aparecen todos los sitios más grandes de lo que son en realidad? Vuelve uno a casas habitadas en la niñez y los patios, que en nuestra memoria aparecían enormes, se empequeñecen. ¿Es acaso la relatividad de nuestras pequeñas humanidades, que tardan cinco minutos en atravesar un espacio de tres metros? No, porque pasa lo mismo a escolares de diez años que lo salvan volando.

¿Es que nuestras vírgenes imaginaciones ven un universo desconocido en cada metro cuadrado? Sí; porque a la vez que el mundo se achica conforme vamos creciendo, el mundo se despuebla. Se hace el vacío, a cada instante más, en nuestro redor. A los cinco o siete años para mí existían ocultos habitantes del planeta que alternaban con los hombres. Mi vista, mi corta vista de miope, se detenía horas enteras observando un cienpiés o un cochinitillo de humedad. ¡Que mundo en cada pulgada de terreno! ¡Que sorpresas en todas partes! Cuando concluía de llover, corríamos mi hermana y yo a la arena depositada entre piedra y

piedra en el patio, hoy cubierto por una moderna y aseada, pero monótona sucesión de baldosas. ¡Y qué descubrimientos misteriosos encontraba nuestro pasmo! Bajados del cielo con las gotas de agua, había alfileres, cuentecillas de vidrio microscópicas—mostacillas—cuentas más grandes, botones, todo un universo de objetos que creíamos bajados de la luna. ¡Cómo se detiene un chiquillo ante una caja de fósforos de una fábrica cuyos productos no conoció antes; ante una aglomeración de maderas viejas, que el hombre no ve y que en el alma vacía del niño obtienen un lugar preferente! Bajo esos fragmentos de muebles, vigas, puertas viejas, aglomerados en un patio, el niño encuentra una flora y una fauna que le reservan innumerables sorpresas. Se mueven microscópicos seres, pupulan sabandijas. ¡Oh, qué misterio de emoción cuando se encuentra con una bestezuela rara, la hormiga-león, que devora moscas y hormigas comunes, gusanos con cuernos, escarabajos de oro y esmeralda! Y qué hallazgo cuando en una ruedecilla que puede servir para un carro o en una caja de cigarrillos abandonada vemos un tesoro inmenso. ¡Oh almas de los niños, puras, blancas y vacías! ¡Cómo parecéis dar la razón a los que hablaron del horror al vacío que siente la naturaleza! ¡Cómo os apresuráis a llenarlos! Y cuán mejor que estéis llenos de esas cosas pequeñas y humildes.

¡Oh la tristeza de cómo se despuebla después la tierra, este pequeño planeta redondo del que huye el misterio, que todo lo llena y queda el conocimiento, que todo lo empequeñece!

El niño que no supo de más universo que el de la casa paterna, en que había el continente conocido del primer patio, la tierra tenebrosa del segundo y el misterio, el mundo de la luna en un gallinero aislado, que encajaba en el edificio de una manera irregular, el niño que no conoció más mundo que el de la casa paterna y el lugar de expiación de la escuela de primeras letras, con qué estremecimiento entraría emocionado en aquel segundo patio del colegio. Bajó con trabajo una grada enorme y se encontró en el fondo de una barranca misteriosa. Otro chiquillo de su edad, gordifloncillo, locuaz y alegre, que reía de todo, se le agregó, y ya con él, continuó el viaje de exploración. Después subieron el monte en que estaba enclavada la pila y bebieron agua en unos vasos de peltre, que, pendientes por una previsora cadena de un barril, se hallaban para uso de los alumnos. Ninguno tenía sed en aquella hora matinal de las ocho; pero ¿para que se hacen los objetos de la industria de los hombres y para qué existe el agua clara y fresca, sino para hacer uso de ellos?

Además, el gusto de mover un grifo, cosa desconocida en sus casas y de ver que con un pequeño movimiento de los dedillos grasos caía el líquido transparente o dejaba de caer. Así ocupados estaban cuando llegó un individuo mayor, de la respetable edad de once años y sumariamente se inclinó a beber, aplicando la boca al grifo mismo. ¿Le pareció aquello una profanación a mi locuaz acompañante? ¡Que idea loca cruzó por su cabecita ensortijada? Tomó un pichel, que un interno dejara olvidado, un pichel enorme con el cual apenas podía; lo llenó en la pila de agua y luego, tranquilamente, lo vació en la cabeza del que bebía inclinado, dejándosela hecha una sopa. El bañado de una manera tan imprevista chilló y después corrió a cumplir una amenaza de quejarse al señor Rector, un sacerdote blanco, de alma blanca como su alba, que murió sin tocar con sus sandalias de pastor otra cosa de este mundo que las baldosas de piedra de su Iglesia, y que, en un nominal recto-razgo, dejaba casi todo el peso del colegio sobre su hermano Pedro, haciendo sentir en el edificio sólo la luz alma que emanaba o el pasar santificador de sus manos sobre los muchachos rebeldes, cuando se acudía a él como a un último recurso. Un sacerdote blanco, que todos los jueves desataba las palomas de su palabra sobre doscientas cabezas juveniles. Las palomas volaban al azul, pero antes cumplían la misión de las aves de llevar semillas a las tierras vírgenes.

Después supe que el que así amenazó con acudir a su suave, temida autoridad, era un gallito temible, siempre en pendencias y amo autoritario de su sección. En cambio el autor de la hazaña era un buen muchacho, incapaz de hacerle daño a nadie y que no era penado en sus clases por más delito que el de reír.

Ante aquel acto me sobrecogió un gran temor por mis compañeros de colegio en general y por el gordifloncillo en particular, temor que nunca desapareció de mí y que después hice extensivo a los hombres. Me separé afligido de mi compañero de viaje y corrí a refugiarme en la Dirección, de donde no salí hasta que al fin de un largo recreo nos llevaron a un extenso salón de estudios, donde debíamos, preliminarmente, estar reunidos todos los alumnos, hasta que llegara la mayor parte de los rezagados y nos distribuyeron en las diferentes secciones.

Si en el viaje de exploración quedaron muchos territorios por conocer, entre ellos las alcobas de los internos, que ocupaban un segundo piso y eran el territorio de la China prohibido a los no iniciados en sus misterios, al entrar al salón de estudios recorrieron mis ojos un apartamento que no fué

de los que menos emociones me dieran, con sus numerosos pupitres que lo llenaban todo y su gran pizarra en el fondo.

Mis emociones de aquellas primeras horas de colegio eran exajeradas por mi escasez de vista. Era un terrible cegato que desconocía a su hermana a los veinte pasos de distancia. Tenía la timidez e irresolución de los miopes. Mis ojos tristes, semivelados, eran los de un niño sensible y apocado. Cuando leí el Poquita Cosa de Daudet, amé al autor de aquel libro admirable que así me retrataba al describirse.

Varios días no hicimos más que entrar al estudio y jugar. Lentamente empezaron a organizarse las clases. Al fin todas las correspondientes a mi grado estuvieron completas. Y me acuerdo de esos meses oscuros de mi vida de colegial. Los plantones, cuando una clase entera había faltado. Las formaciones. «Sección D, tres pasos al frente. Cabeza derecha, deré: a su clase, marchen». Y ya en las clases, cada tres o cuatro días, un profesor me mandaba a la pizarra y me dictaba una suma, que concluía con su ayuda; y luego, a soñar o a leer novelas en el banco más lejano. Y en todas las asignaturas algo parecido. Los estudios no eran para amenguar la salud.

A pesar de ello tenía horror al colegio. Me debatía entre las manos de mi madre pidiendo un día de vacaciones. Vociferaba, suplicaba, simulaba enfermedades. Y así escapaba muchos días. Era que mis compañeros, para los que era un mal camarada, reo del delito imperdonable de aislarse, me infundían un terror pánico. Se burlaban de mí; me llamaban hipócrita. Me hacían víctima de todas sus burlas. A veces mi amor propio, exasperado por la lectura de los «Tres Mosqueteros» o de una obra análoga, vencía a mi irremediable miedo y nos pegábamos. Entonces mi sufrimiento se hacía intolerable, no tanto por los golpes recibidos, sino por la cruenta lucha sostenida conmigo mismo hasta vencer mi cobardía y dar, con mano temblorosa, un bofetón inofensivo.

Así, entre dolor y ensueño, se sucedían mis días del Colegio. Al fin de los años escolares estaba la prueba terrible de los exámenes. Primero eran los privados. Entraba a ellos pálido, sudoroso. No tenía más conocimiento que el de los héroes o heroínas de las fábulas de autores más o menos célebres. Sabía de memoria las tramas de cien novelas de folletín. Y callaba como un muerto a las preguntas de los examinadores: ¿cuántas partes constituyen un huevo? ¿qué es el máximo común divisor? Y salía con las manos a la cabeza, como para salvar mis oídos de la voz tremenda del Señor Rector, que me deprecaba y me imprecaba e

infaliblemente me condenaba a ir al calabozo, castigo máximo, reservado a los grandes culpables y que nunca ví sufrir por el delito de no contestar sílaba bien puesta en un examen, más que a mí. ¡Cómo sería de crasa mi ignorancia para merecer aquella terrible pena, de la que mi timidez y mi respeto a los superiores me alejó por toda otra culpa que la de ser un holgazán boca arriba!

Otras veces, toda aquella ligera espuma de sabiduría, a flor de ciencia, que proporciona una continua lectura, siquier sea la del gran vizconde, y que es la única que he podido tener en mi vida, me daba una verbosidad deslumbradora y obtenía los sobresalientes peor ganados en examen alguno. Entonces el Señor Rector, a cuya gran bondad y perspicacia no se ocultaba lo inseguro de mi superficial sabiduría, me guiñaba un ojo, cuando me volvía receloso hacia él, asegurándome la complicidad en tal engaño. ¡Gozaba tanto con el éxito de uno de sus hijos! Y al concluir, me invitaba a almorzar. Y alababa tan repetidas veces mi supuesta aplicación, que concluía en creer en ella como en la profesión de la fé cristiana.

Después venían los exámenes públicos. La paternal solicitud del Prefecto de Estudios de un colegio que contaba entre sus alumnos muchos niños pobres, jamás nos exigió para estos actos ostensibles, otro uniforme que un traje negro y una corbata roja, ese noble uniforme del Colegio de Infantes, modesto y amadísimo, que es el mejor poema de la inagotable caridad de un maestro. Un traje negro sirve siempre.

De los padres de mis compañeros de clase, cincuenta de cada ciento eran pobres obreros, a quienes por pensión de sus hijos se señalaba una cortísima cuota, casi siempre no pagada. Otros, viudas sin ningún haber, hombres inválidos, habían solicitado con palabras conmovedoras, el regalo del pan espiritual para sus hijos. Y a nadie se cerró el Colegio. En la mente del Prefecto había nacido una frase: «paguen los ricos por los pobres». Si acaso este equilibrio ideal peligraba, ya se sabía que el fiel de la balanza del presupuesto era movido por unas manos divinas.

Se sentaban en los bancos de mi clase niños descalzos al lado de los niños que cubrían sus pies con finas botas de cueros valiosos. Y no eran éstos últimos, generalmente, hacia los que se inclinaba el favor de sus condiscípulos, en aquella alma demócrata que animaba el colegio. Me acuerdo de que nuestro cabeza de clase, el bajá que regulaba nuestros actos y reunía en torno, con sus alegres cuentos o sus mordaces dicharachos, a la sección D, era un amable muchachote, hi-

jo de una vendedora en el mercado y al que sólo llamaban por su apodo de *Muleta*. Al sonar de sus gruesas botas, claveteadas de una manera inverosímil, cuando llegaba, siempre tarde, a una clase matutina de la que con frecuencia faltaba el profesor, nos parecía que era el alma de la estancia que se aproximaba.

Cuando, lavados y peinados por nuestras madres o nuestros hermanas, con las botas luminosas a fuerza de cepillo, penetrábamos al colegio un día de exámenes, con el traje negro y la llamante corbata roja nos creíamos vestidos de un espíritu nuevo, lleno del misterio y de las emociones de aquellas pruebas en público. Nos mirábamos con ojos de pasmo, desconociéndonos. Casi nos rebelábamos a la autoridad *Muleta*: se había peinado.

Luego, íbamos a esperar a una especie de bastidores que había al extremo del largo salón de actos públicos, la hora que, con su proximidad, ponía nuestras almas en un puño. Un querido amigo que hoy tiene una gran posición social y entonces era un vivaz chiquillo, nos contaba el cuento de Aladino o del Gato con Botas. El sonido de un timbre nos hacía de pronto estremecer. Y luego, a exhibir, ante nuestros padres, hermanos y demás familiares, la gran suma de nuestros conocimientos.

Después, premiaciones sonoras, llenas de flores y de dianas para los que vencían, en las que indefectablemente recitaba una composición llorosa de alguno de los poetas nacionales, con gran sentimiento, según aseguraba el profesor de retórica; y en las que mi madre veía con infinita tristeza que no obtenía más que dos medallas: la de buena conducta y la de composición, clase anexa a la de Gramática, que nos daba un profesor rubio, semi-literato.

Y así pasé siete años. Los cinco primeros, mal estudiante, leyendo a todas horas, envenenándome con toda clase de libros, que conseguía por mil ingeniosos medios. Leyendo cuando, durante el recreo todos jugaban a mi alrededor. Leyendo oculto por la espalda de un compañero, a la hora de calse; leyendo a la hora de comer; leyendo en el lecho, hasta que un sueño intranquilo, poblado de visiones, me vencía. Todos los hechos que descuelan en mi vida de estudiante están relacionados con la lectura. Ya era el Señor Rector que me sorprendía saliendo de la Biblioteca Nacional, con un libro bajo el brazo, en una hora de trabajo, delito de hacer novillos castigado por un hermano de mi madre, viejo severo que a veces se entrometía en nuestra vida, con una terrible azotaina en cueros vivos. Ya un profesor, algo más inteligente que sus congéne-

res, que tomaba de mis manos «La investigación de lo absoluto» o «El Doctor Pascual» y edificaba luego a la clase hablando una hora con voz indignada, de la infinita tristeza de un niño que a los diez años lee a Zola o a Balzac.

Luego, al principio de un nuevo año escolar, después de unas vacaciones pasadas en una finca, en que probé con exceso de la fruta del Bien y del Mal, tentado por una rolliza sirvienta, un brusco despertar de mi conciencia, que me hizo volver la vista en torno y tratar de comprender la vida. Y un contemporáneo darme cuenta de mis deberes. Un deseo infinito de satisfacer el amor materno, de dar a la pobre viuda todos los goces que estuvieran en mi mano. Y dos años dolorosos, angustiosos, de un estudio asiduo, en que los maestros, llenos de extrañeza, desconocían al estudiante desaplicado. Al fin del segundo, una premiación en que se me concedió el más alto honor que podía obtener un alumno del Colegio de Infantes. Una madre que, sollozando, tomaba de mi cuello o desprendía de mi pecho, diez medallas de plata, primeros premios de otras tantas asignaturas. Y por último, el lecho del dolor que aguarda a todos los que están desde niños del mal de lo absoluto. Un médico que me declaraba incapaz para el estudio; la sociedad que me declaraba incapaz para todo; y la vida que me declaraba incapaz para vivir. Y esta mi triste existencia de no ser nada, de no hacer nada, de vivir en mi infinito egoísmo de contar las pulsaciones de mi dolor. Y a la postre, como remate, tres palabras que lo definen todo: un poeta decadente más; un poeta decadente hispano-americano más.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ

(Del opúsculo *Una Vida*. Guatemala, 1914).

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, puede Ud. adquirir las publicaciones de la conocida casa editora

PICTORIAL REVIEW
DE NEW YORK:

La revista *Pictorial Review*,
el *Fashion Book*,
el *Arte de vestir*,
el *Catálogo de bordados*,
el *Crochet Book*.

También hallará Ud. un surtido de moldes para confeccionar vestidos en casa: enaguas, blusas, trajes de niños.

ESTROFAS

(Ante el cadáver de don Benito Pérez Galdós, como le ví, en su último escritorio de la calle de Hilarión Eslava).

I

*Habías vivido y trabajado;
y eras el cuerpo de un hombre coloso
recio en la planta y nimbado,
como todo arquetipo plenamente acabado,
de una fina dulzura de reposo...*

II

*Tronco de roble; en duros muñones,
llevaste miel de panales;
y cerraste el ciclo de las estaciones;
y hubo para todos, en las profusiones
de tu copa...*

*Anidaron pardaes
en el entronque de tus ramas capitales
y cubrieron del suelo patrio los desgarrones
tus flores, y tus hojas otoñales...*

III

*Glorioso cráneo, arrebujaado
entre los pliegues del paño listado,
sobre el que fulges como diadema,
hé aquí, en sobrio emblema,
tu vivir figurado:
tu alma que sale a la quietud suprema
por el resquicio hendido
del capullo de seda que ella misma ha tejido...*

IV

*Tú habías trabajado...
En labor de gañán y de obrero,
Artista, empleado
cuotidianamente,
tú habías trabajado;
párroco de la mente
habías sido; y minero;
y, en agrio campo, curvado
sobre los surcos, labrador;
y leñador... y sembrador;
y anudando al futuro los hilos del pasado,
tejedor;
ambicioso como un constructor;
sobrio como un soldado.
Y así tú que, en tus manos, habías sostenido,
por la vida adelante, sin buscar un atajo
y en lo más duro, más enardecido,
todos los instrumentos de trabajo,
finalmente debías
descansar;
y en la paz de tus blancas profeías
a medio granar,
hoy te duermes, tal vez porque ya no podías
trabajar...*

V

*Descansa; eterniza
tus postreros latidos en quietud de ceniza,
corazón, de latir fatigado;
párate, emplea
toda la eternidad en tu última idea,
cráneo, en el idear, tenazmente probado;
antorcha viva el cuerpo muerto sea,
y en tu final trasiego depurado,
divinamente quieto, créa, créa...*

VI

*Créa, a la luz de estos blandones
que te dan una mística traza,*

*la amargura de tus segundones
y la orfandad vacía de tu raza.
Créa el dolor y el arrepentimiento;
deja de ser, para que te deploren;
la amputación de tu muerte, un momento
valga, a tu pueblo, de recogimiento;
y los que no pensaron, haz que lloren...*

VII

*Glorioso cráneo, esquilmado
en el desgaste productor;
noble corteza de un astro, apagado
detrás de una montaña de labor;
arco roto, resorte relajado,
labio callado,
manantial detenido en su hervor:
merma el orbe, privado
en ti, de un sentido;
y tu progenie otea lo porvenir, inquieta,
porque, desde hoy, tendrá, en su recorrido,
un camino de menos para alcanzar la meta.
Maestro: tu labio se calla
cuando más fiero a nuestro lado
el huracán estalla...
¿porqué nos has abandonando
en lo peor de la batalla?...*

VIII

*Se enturbia el aire en un vaho iracundo
y gritos de odio y de saña
rompiendo están de la tierra la entraña
en parto infecundo,
¿porqué doblar el cuello también a la guadaña
tú, que eras un gesto del mundo
y una manera de España?...*

IX

*Co-autor con Dios de la Patria; preveo
que mañana, en tributo pigmeo
la oficial caravana
hilará vanidades sobre tu mausoleo;
para ella, la piedad de tu sonrisa humana;
siempre es pequeño el muro cuando es grande el trofeo;
no queda voz que, de tu gloria invicta,
no tiemble, al peso ponderoso:
el silencio es tributo forzoso
cuando muere el que dicta.*

X

*Vé en paz: le guardaremos, en un dolor de ausencia,
perpétuamente a nuestro lado;
y en toda lucha nueva y en toda nueva urgencia,
recordatorio tuyo será nuestra indigencia;
nuestro miedo, señal de que nos has dejado...
Ahora aprendo en tu labio, aunque no hable;
y leo, aunque hayas muerto, en tu mirada;
y entrego a España el ejemplo admirable
de tu energía hasta el final gastada:*

*«Sembró ciencia y amor, sueños y besos;
para trillar azul, según lo bajo;
hoy dá, a la tierra, la piel y los huesos;
—y todo el resto se lo dió al trabajo».*

E. MARQUINA

(Envío de A. Reyes. Madrid).

Un intercambio provechoso

Asociación Nacional del Profesorado

1865 - MÉJICO - 1865

Buenos Aires, 31 de Diciembre de 1919.

Al Exmo. Señor

Ministro de Instrucción Pública
de la República de Costa Rica
San José de Costa Rica.

Excelencia:

LA Asociación Nacional del Profesorado que tengo el honor de presidir, habiendo instituido una Comisión bibliográfica para estimular el intercambio de comunicaciones útiles entre ella y los países que están en primera línea en la cultura universal, me ha encargado rogar a V. E. de hacerle llegar las leyes, decretos, planes de estudios, programas y otros antecedentes sobre los establecimientos de Instrucción Primaria, Secundaria, Normal, Especial y Superior de su digno país.

Le pedimos disculpa señor Ministro por ocupar su atención y le expresamos nuestro agradecimiento por la amabilidad que querrá tener con nosotros.

Dígnese aceptar la expresión de nuestros sentimientos adictos.

MANUEL DUQUI,
Presidente.

LIDIA PERADOTTS,
Secretaria.

La Escuela Normal de París y su nuevo Director G. Lanson

LA Escuela Normal Superior fué hasta 1904 un Centro donde se instruía intensamente una parte selecta del futuro profesorado secundario; los alumnos ingresaban mediante una oposición, y permanecían allá durante tres años sometidos a un fuerte trabajo que orientaba un núcleo de profesores, elegidos cuidadosamente entre los más seguros valores de la nación. Había 18 plazas de Ciencias y 24 de Letras. Al cabo de esa permanencia trianual, el «normalien» se presentaba a las oposiciones a cátedras del Instituto, y generalmente triunfaba, merced a su sólido saber. En Francia, el opositor (que allí se considera como un estudiante universitario) sabe de antemano sobre qué va a versar la oposición, y asiste a las clases de la Universidad, donde el catedrático le explica y le hace trabajar sobre las materias del programa. Se tiende, pues, a convertir en una prueba fina, de calidad, lo que entre nosotros es asunto de necia sorpresa y de cultura descosida.

Ahora que nuestros ministros entablan pugilato sobre quién es más ferveoroso adorador de la autonomía universitaria—solución vacua y formalista que le dispensa de afrontar y conocer el mísero estado de muchas faculta-

des—, no está de más que pensemos un momento en los métodos que se siguen en otras partes para intentar que los profesores de Instituto y luego los de las Facultades sean gentes realmente útiles a la juventud.

La llamada «Ecole Normale Supérieure» cuenta con una tradición aunque no remota, llena de espíritu y de inteligencia; tiene su precedente en la Escuela Normal creada en el año III de la Primera República (1795) por la Convención Nacional. Su origen lejano fué la visión clara que el siglo XVIII tuvo de las cuestiones pedagógicas; véase como escribía en 1789 Bernardin de Saint-Pierre en los «Vœux d'un solitaire»: «Toutes les arts possèdent entre nous un apprentissage, salvo la más difícil de todas: la de formar a los hombres.» El precedente inmediato, incluso del nombre, está en las «Normalschule» austriacas, creadas por la emperatriz María Teresa ⁽¹⁾.

Napoleón I introdujo cambios esenciales en esta institución, que ha venido prestando grandes servicios durante todo el siglo XIX. El Poder público le ha concedido siempre gran importancia; Víctor Cousin pasó de la dirección de la Escuela al ministerio de Instrucción pública en 1840. Pero en la época moderna, a fines del siglo pasado, es cuando la Escuela gozó de su mayor eficacia. Esos 40 jóvenes, en su retiro de la rue d'Ulm, dotados de excelentes medios de trabajo y guiados muy de cerca por un profesorado especial, eran todos los años un refuerzo que entonaba el Cuerpo universitario. La Universidad sentía en flanco la escuela de los normalistas.

Hacia 1880 dirigía la Escuela el eminente historiador Fustel de Coulanges; hacia esa época distinguimos entre el alumnado algunas de las más claras figuras de la Francia contemporánea: Bergson, Salomón Reinach, Jaurés y otros menos conocidos entre nosotros: Pfister, decano ahora de la Facultad de Letras de Estrasburgo; Lévy-Bruhl, excelente profesor de Filosofía en la Sorbona, etc., etc. Una cala en cualquiera de las promociones de los últimos cuarenta años descubrirá siempre media docena de nombres conocidos en las diversas ciencias ⁽²⁾.

Pero aconteció algo muy comprensible en un país de sana vitalidad. Las Universidades francesas realizaron grandes adelantos; salvo raras excepciones, no hay una Universidad que no cuente con una amplia base de aportación científica. De la Universidad del segundo Imperio, elocuente, académica y bastante superficial, que-

da bien poco en el país vecino. Los alumnos formados en la Universidad de París valían tanto como los de la Escuela Normal; el profesorado había llegado a ser el mismo.

Y así, en 1904, se dispuso que los alumnos de la Escuela siguieran las clases de las facultades de Ciencias y Letras, respectivamente. De esta suerte, aquélla se ha convertido en una residencia de estudiantes, en la que se ingresa mediante las mismas severas pruebas; el normalista es, pues, un estudiante distinguido que va a la clase de alta investigación de la Facultad con una fuerte base de cultura general.

En estas condiciones ha sido designado para la dirección de la Escuela M. Gustave Lanson, al cesar en aquel cargo el historiador M. Ernest Lavisse. El director de la Escuela—rasgo bien francés—es siempre un hombre de letras, y el subdirector es un científico. El nombramiento de Lanson ha producido gran efecto en el mundo culto, y la prensa de París ha comentado el hecho ampliamente, por considerar que esto puede ejercer influencia en la marcha de la prestigiosa escuela.

Las esperanzas son justificadas. M. Gustave Lanson es una de las más típicas figuras del profesorado francés. Era uno de los normalistas de hacia 1880, a que antes aludía. Pasó muchos años de profesor de bachillerato en liceos provincianos. Un incidente curioso de su vida es haber sido profesor de literatura francesa del zarevitch Nicolás—el zar de tristes destinos—, quien, al parecer, no aprovechaba mucho de las lecciones de tan buen maestro. Vuelto a Francia, publicó varios libros fundamentales sobre la literatura de los siglos XVII y XVIII (Bossuet, Boileau, Corneille, La Chaussée); estos libros, conocidos de quien esté algo versado en la historia literaria de Francia, le abrieron las puertas de la Escuela Normal, donde reemplazó a Ferdinand Brunetière en la cátedra de Literatura; el éxito de su enseñanza le lleva luego a ser profesor de elocuencia francesa en la Universidad de París; en fin, hace unos días vuelve por tercera vez a la Escuela de la rue d'Ulm, para ocupar en ella el cargo supremo.

Como todo buen profesor, Lanson tiene una descendencia espiritual en un núcleo de discípulos de talento, que trabaja ya por su cuenta; uno de ellos, Baldensperger, ha logrado mucho éxito con sus clases en la Universidad de Nueva York (Columbia). Y es que Lanson, tanto en el trabajo íntimo de su seminario de la Sorbona como en sus libros, llega directa y seguramente a la inteligencia del estudiante. Entre sus obras, destaca la «Histoire de la littérature française»,

(1) Paul Dupuy. «L'Ecole normale de l'an III», 1895.

(2) Quien desee ver palpablemente hasta qué punto consagraron su vida a la «Ecole Normale» algunos de sus profesores, lea el reciente libro de Valéry-Radot, «La vie de Pasteur».

que, escrita en 1894, llegaba a la edición duodécima en 1912. Preferimos con mucho esta historia de la literatura a cualquiera de las que se escriben en Francia o en el extranjero. Este formidable erudito, autor, del «Manual bibliográfico de la literatura francesa moderna» (1500-1900), escribe en el prólogo de su historia: «La literatura no es objeto de saber: es ejercicio, gusto, placer. No hay que saberla ni que aprenderla, sino practicarla, cultivarla, quererla. La frase más exacta que se ha formulado sobre ella es la de Descartes: «La lectura de los buenos libros es como una conversación que mantuviésemos con las gentes más selectas de los siglos pasados y en la cual nos entregasen lo mejor de sus pensamientos. Los matemáticos—como conozco yo—a quienes las letras divierten, y que van al teatro o toman un libro para solazarse, están más en lo cierto que esos letrados—que también conozco—que no leen, sino que anotan, y creen que han hecho bastante convirtiendo en cédulas todo impreso que cae en sus manos».

No comprende Lanson que se estudie la literatura sino para cultivarse espiritualmente, y porque ello nos proporciona un placer. Es evidente—dice—que los que se preparan para la enseñanza deben sistematizar sus conocimientos, someter a método su estudio, encaminándolo hacia nociones más exactas que las de un simple aficionado. Pero no hay que perder de vista que será un mal maestro de literatura quien no se esfuerce por desarrollar en sus alumnos el gusto por las letras, la inclinación a buscar en ellas durante toda su vida un enérgico estimulante del pensamiento al mismo tiempo que un delicado reposo de la ocupación técnica. A esto hay que tender, no a suministrar respuestas para un examen.

Con semejante propósito está redactado este libro, lleno de claridad y de profundo pensamiento. Su lectura no dispensa, en modo alguno, de la de la obra analizada. No hay en ella relatos de argumentos ni fruslerías eruditas—las indispensables, se refugian discretamente en la letra menuda de las notas—; al autor le importa, sobre todo, presentarnos cómo el pensamiento y la sensibilidad franceses han hallado expresión, cada vez más perfecta, a través de una vieja literatura.

Un libro así no existe entre nosotros. ¿Podrá existir alguna vez? Desde luego, puede predecirse que una historia de nuestra literatura no podrá enfocarse, como la francesa en el libro de Lanson, pensando en las ideas generales y en las orientaciones de conjunto. Lanson descubre la influencia, a larga distancia, que el «Discurso del

método» ejerce sobre Montesquieu, o cómo Rousseau es el retoño espléndido y tardío de gérmenes literarios que viven subterráneos durante el período de academicismo del siglo xvii.

En Francia, tales estudios son posibles; todas las corrientes del arte literario moderno están en relación con el pasado, de tal suerte, que los clásicos no son cosa muerta para las clases, sino que viven sin esfuerzo en el alma de un contemporáneo. Tales rasgos no se dan en la literatura de España, y eso contribuye grandemente a que la historia literaria sirva generalmente de presa a eruditos sin inteligencia y sin corazón. Pero yo estoy seguro de que si aquellos de nuestros jóvenes que tienen aptitud para la historia literaria estudiasen los métodos de Lanson, el hecho no dejaría de tener consecuencias útiles entre nosotros.

Esta es la responsabilidad del nuevo

director de la École Normale Supérieure. Un guía de los espíritus juveniles viene a presidir una institución que hasta ahora produjo resultados admirables para la ciencia y la enseñanza. ¿Implicará tal medida un cambio en su orientación?

Ya que entre nosotros no se piensa en dar cualquier género de preparación al profesorado secundario—por lo menos así ocurre en las letras—, es justo que demos informaciones sobre lo que acontece fuera, para que llegue a conocimiento de los amigos de la enseñanza. Puede ser que algún feliz día haya ministros atentos a la cultura y no sólo a la última bestialidad de cualquier matador de toros.

AMÉRICO CASTRO

(*El Sol*.—Madrid, 7 de enero de 1920).

(Envío de A. Reyes. Madrid).

Congreso de juventudes hispanoamericanas

UNA de las notas más simpáticas entre los trabajos recientes por la aproximación de España a sus antiguas colonias de América, es el Congreso de Juventudes hispanoamericanas que inició el joven comandante peruano don Rodrigo Zárate, y que organiza la juventud hispanoamericana de Madrid para celebrarle el próximo mes de mayo en esta capital, contando con el patronato del rey Alfonso XIII, el Ayuntamiento, el Ateneo, la Unión Ibero-americana, Reales Academias, Asociaciones de estudiantes, Cámaras de Comercio, Industria y Propiedad urbana, Círculo de la Unión Mercantil y otras entidades culturales y deportivas.

Figuran en la comisión, bajo la presidencia del Rey, el Príncipe de Asturias, Presidente del Consejo, Cuerpos colegisladores, principales centros de producción, cultura, *sport* o turismo residentes en Madrid, Ministros de la Corona, representantes diplomáticos de las Repúblicas hispanoamericanas, y autoridades civiles y eclesiásticas de la Corte.

En sus comisiones organizadora y ejecutiva hay brillante representación de la aristocracia, las letras, el periodismo, las corporaciones sabias, el Parlamento, los centros americanistas y la juventud escolar.

Acaba de publicarse un folleto de propaganda, profusamente repartido, que contiene el reglamento y el programa del Congreso, cálidas y vibrantes alocuciones al pueblo español (sin distinción de clases, opiniones, ni credos políticos), a los españoles residentes en América, y, de manera muy señalada, a las mujeres españolas,

«que siempre han ocupado un puesto de honor y de gloria cuando se ha tratado de enaltecer a España, y que en los actuales momentos de renovación, han de ser las que, con su ejemplo preclaro, den la sensación de una política nueva de [paz y de un noble apostolado de amor, que una a los hijos de España con sus hermanos los hijos del Continente americano».

Avalora tal publicación un *Llamamiento a las juventudes hispanoamericanas*, suscrito por don Rafael Altamira, que, por su enorme prestigio en América, como iniciador de las nuevas corrientes prácticas de compenetración entre aquel continente y nuestra Península (las que tanto contribuyó a estrechar en su viaje memorable), y como verdadero *hombre representativo* de la España moderna, para los americanos, es, sin disputa, la más autorizada voz para dirigirse a quienes, aun desde lejos, le reputan como maestro y guía.

«Os llamo a España—dice el ilustre profesor—a vivir durante unos días con la juventud española, para que os conozcáis mutuamente, y de ese conocimiento nazca un afecto firme y bien fundado, una corriente reflexiva y serena de empresas comunes y de relaciones permanentes y fructíferas...

»Alrededor de la Juventud Hispanoamericana nuestros estudiantes todos—no lo dudo un momento—se juntarán para recibirlos, para festejarlos, para conocerlos y decirlos cómo ellos son. Veréis sus almas, en tan gran medida parejas con las vuestras, y al propio tiempo veréis a España por vuestros propios ojos, y la juzgaréis por vuestras propias observaciones,

despojándoos de los prejuicios que visiones ajenas quizá hayan podido suscitaros.

Los organizadores preparan agasajos, fiestas, visitas a cuantos lugares de interés ofrecen Madrid y las poblaciones próximas (Toledo, El Escorial, Avila, Segovia) y una importante excursión a Sevilla y Granada, para admirar las maravillas que la naturaleza y el arte reúnen en el vergel an-

daluz, y conocer el Archivo de Indias, depósito casi inédito de la historia común que liga a España con su hija la América española.

El Congreso, como empresa de juventudes, será también de entusiasmo, de fervor, de ingenuidad, de optimismo, de fe generosa en la obra común de españoles y americanos, unidos para enaltecimiento futuro de la raza.

(*La Lectura*. Madrid).

Llamamiento a las Juventudes Hispano-Americanas

No hace muchos años conviví en vuestras Universidades, Liceos, Intitutos y Escuelas con una gran parte de los que eran entonces lo que sois vosotros ahora. En Buenos Aires, en La Plata, en Córdoba, en Santa Fe, en Montevideo, en Santiago de Chile, en Lima, en Méjico, en Veracruz, en Habana, en Matanzas, en Cienfuegos, en Pinar del Río, fueron los estudiantes mis compañeros de labor docente y de entusiasmos ideales, y, a través de ellos—ya que mi viaje no pudo extenderse a más naciones—, tendí mi mano y mi corazón a todas las juventudes hispano-americanas.

El lazo entonces anudado no se ha deshecho. A pesar de la distancia y de la dificultad que las circunstancias han puesto, desde 1914, para la repetición de la convivencia, he continuado en amistosa relación con los que en 1910 eran estudiantes, y con muchos de los que luego han venido a serlo. Todos los años recibo aquí más de una visita de vosotros; todos los correos de América me traen escritos que de vosotros proceden. A saludaros en mi nombre ha ido, no hace mucho, un libro que para vosotros escribí.

Permitid que, escudado en estos hechos presentes y en aquellos recuerdos tan gratos a mi espíritu, os dirija un llamamiento, en que se condensan muchas de las cosas que ante vosotros proclamé y defendí, y que forman

parte esencial de mi campaña de muchos años.

Os llamo a España, a vivir durante unos días con la juventud española, para que os conozcáis mutuamente, y de ese conocimiento nazca un afecto firme y bien fundado, una corriente reflexiva y serena de empresas comunes y de relaciones permanentes y fructíferas. La ocasión os la da el Congreso de Juventudes hispano-americanas, ideada por uno de los vuestros, el joven comandante peruano don Rodrigo Zarate, y patrocinado por la Juventud Hispano-Americana de Madrid.

Esta Juventud ofrece a la realización de la idea, un núcleo organizado que hoy por hoy no pueden ofrecer las juventudes de nuestros Centros docentes, que, si constituídas aquí y allá en cuerpos sociales muy meritorios, no han conseguido aún ni reunir a todos los estudiantes ni concertar en una acción común sus diferentes agrupaciones. Quizá esto, que no se ha logrado en España, a pesar de generosas y entusiastas iniciativas, deba a vuestra presencia su definitiva realización. Con ello sólo—y en mucho más confío—vuestra venida será para nosotros algo bendito y por siempre amable.

Alrededor de la Juventud Hispano-Americana nuestros estudiantes todos—no lo dudo un momento—se juntarán para recibirlos, para festejarlos, para conocerlos y decirlos cómo ellos

son. Veréis sus almas, en tan gran medida parejas con las vuestras, y al propio tiempo veréis a España por vuestros propios ojos y la juzgaréis por vuestras propias observaciones, despojándoos de los prejuicios que visiones ajenas quizá hayan podido suscitaros.

Por lo que veréis y por lo que nos habréis de enseñar respecto de vuestras patrias americanas, yo os invito a que vengáis todos, acogiendo bajo el patrocinio de vuestro entusiasmo y de vuestras eficaces organizaciones la idea, que ha hecho suya la Juventud Hispano-Americana.

Este amigo vuestro, que quiere ser siempre joven de espíritu para poder convivir largamente con vosotros, espera que su llamamiento hallará ecos de simpatía en esas tierras de América, que al lado vuestro aprendió a amar y que procura amen y estudien sus hijos y sus discípulos.

RAFAEL ALTAMIRA

Catedrático de Instituciones Civiles y Políticas de América en la Universidad Central.

(Del folleto *Congreso de Juventudes Hispano-Americanas*).

LA LUCIERNAGA

La noche desplegó su manto y mi estancia se tiñó de sombras. Yo meditaba con la cabeza entre las manos. El viento empujó de afuera e hizo ceder los cristales de la ventana. Una errante luciérnaga avanzó hasta el interior y por breves momentos, como una brizna de ensueño, rutiló en lo alto, descendió después sobre mi mesa de trabajo y al brillar otra vez, iluminó de lleno la mágica sonrisa de tu retrato. Luego buscó la salida y, arrastrada por el viento, se perdió en la inmensidad del campo. Cerré los ojos y por largo tiempo la dulce sonrisa de tu semblante nazareno, brilló suspendida en mi interior como un punto de ilusión destacándose—luciérnaga de oro, fragmento de una estrella—en la inmensa noche de mi alma.

RUBÉN COTO

Librería Española, Imprenta, Encuadernación, Fábrica de Sellos de Hule

Almanaque Ilustrado Hispano Americano para 1920. 1 tomo encuadernado \$ 2.00, por correo \$ 2.30.
Alman que Bailly Balliere o Pequeña Enciclopedia Popular para 1920, 1 tomo rústica \$ 1.50, por correo \$ 1.70.

— DE —

María v. de Lines

Año en la Mano, Encpda. de la vida práctica para 1920, 1 tm. rúst \$ 1.50, por correo \$ 1.70.
Almanaque Amor para 1920. Cuentos y chistes. 1 tomo, rústica \$ 1.25, por correo \$ 1.45.
Almanaq. Cupido para 1920. Cuentos y versos. 1 tomo rústica \$ 1.00, por correo \$ 1.15.

SAN JOSE ~ ~ CARTAGO ~ ~ LIMON

La obra de Juan Ramón Jiménez (*)

HE aquí poesía para embriagarnos de ella. Para mecernos, abandonando la voluntad plenamente, en el vértigo suave de la claridad y la melodía infinita; para ascender, luego, por la escala espiritual del éxtasis. Con lento y eficaz sortilegio, su mar sonoro y su niebla fosforescente nos apartarán del mundo de las diarias apariencias, y sólo quedará, para nuestro espíritu absorto, la esencia pura de la luz y la música del mundo.

¿No es en la embriaguez donde hallamos la piedra de toque para la suprema poesía lírica, como en el sentimiento de purificación para la tragedia? No basta la perfección, acuerdo necesario de elementos únicos: podemos concebir poesía perfecta, de perfección formal, de nobleza en los conceptos, sin el peculiar acento del canto; pero la obra del cantor, del poeta lírico, cuando la recorremos sin interrupción, debe darnos transporte y deliquio.

Y el poeta de *Arias tristes* y de *Eternidades* sabrá darnoslos, si sabemos leerle, como a los líricos genuinos, página tras página.

I

RECÓNDITA ANDALUCÍA... Nuestro incomparable Rodó supo definir, en dos palabras, uno de los secretos de Juan Ramón Jiménez, su Andalucía interior. Rubén Darío lo sorprendió también: «Lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine,—le llama,—que permanece no solamente español, sino andaluz».

Nada hay en Jiménez, ya se ve, que corresponda a la noción vulgar sobre el mediodía de España. Nada de la Andalucía pintoresca, cuya tradición se remonta a los romances, a los cuentos moriscos, y dura todavía en la literatura del patio

y la reja, de la mantilla y la guitarra. Pero sí hay mucho de la recóndita, que existe frente a la exterior, frente a la pintoresca: contradiciéndola al parecer; en verdad completándola y superándola.

La Andalucía recóndita tiene también su tradición, digna de gloria única. Suyos son el acento sentimental de Fernando de Herrera en sus elegías



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(Visto por JOAQUÍN SOROLLA Y BASTIDA).

y sus sonetos delicados; el patético amor a las flores, en Rioja; el dón de finos matices, en Pedro Espinosa; en parte, la penetrante música de Góngora en sus romances y villancicos. Suyo es Bécquer. Suyas son, hoy, las mejores inspiraciones de Manuel Machado.

Suyo es Jiménez, por la sensibilidad aguda, fina y ardiente, para las cosas exteriores tanto como para las cosas del espíritu. Los ricos colores del Mediterráneo, el cielo esplendoroso, los huertos, las fuentes, la herencia del lujo morisco y de las elegancias renacentistas, todo eso lo imaginamos como ambiente donde se educan los sentidos del poeta. Y el melódico deli-

quio, la melancolía y la pasión de los cantares del Sur («la música triste que viene en el aire»), fluyeron gota a gota en su espíritu.

II

LA obra de Jiménez se inicia temprano y desde temprano es perfecta: pasan rápidamente los tanteos de la adolescencia,—la hora impersonal, en que se buscan orientaciones a través de campos ajenos,—y bien pronto el poeta se define, con notas líricas, puras, francas, de melodía simple, muchas veces repetida. Es la primera «manera», que alcanza su culminación en *Arias tristes*. Versos de romance tradicional, límpidos, cristalinos, sobre sentires melancólicos,—inacabable suspiro juvenil que a veces se resuelve en sonrisa:

*Francina ¿en la primavera
tienes la boca más roja?
La primavera me pone
siempre más roja la boca...*

pero no más menudo se desata
en lágrimas:

*Lloró de amor, con un aire
viejo, que estaba cantando
no sé quién, por otro valle...
—Voz que me hace, otra vez,
llorar por nadie y por alguien...
—Vengo detrás de una copla
que había por el sendero,
copla de llanto, fragante
con el olor de este tiempo...*

Y hasta se mezclan llanto y
sonrisa, como en el más delicioso
de sus *Jardines lejanos*:

*Tú me mirarás llorando
y yo te diré: No llores...
Y yo me sonreiré
para decirte: No es nada.*

No nos engañe esta sencillez: estas *Arias tristes* esconden sabiduría, como las *Arias* de Mozart, como los *lieder* de Schubert; como sus antecesores en la tradición española, los romancillos de Góngora:

*Dejadme llorar...
Llorad, corazón...*

Pero, si la sencillez no debe engañarnos, sí debe sorprendernos, porque la encontramos en la juventud del poeta,—poeta que, como lo indican sus ensayos iniciales, ahora sepultos en rarísimas ediciones, había conocido ya el caudal poético lanzado a la circulación por Rubén Darío. Limitarse voluntariamente a formas simples y ritmos elementales, como lo hizo Jiménez, cuando al alcance de la mano juvenil tenía cien complejidades tentadoras, es indicio de precoz maestría y dominio de los propios recursos artísticos. De

(*) La base del estudio es el volumen de *Poesías escogidas (1899-1917)* de Juan Ramón Jiménez, edición de la Sociedad Hispánica de América, Nueva York, 1917. Contiene, en trescientas cincuenta páginas, la colección, cuidadosamente ordenada y fechada, de lo que el poeta estima como más representativo en su obra. Sus principales volúmenes de versos son *Rimas* (1902), *Arias tristes* (1903), *Jardines lejanos* (1904), *Pastorales* (1905), *Olvidanzas* (1907), *Poemas Mágicos y dolientes* (1909), *Elegías* (1908), *La soledad sonora* (1908), *Laberinto* (libro de 1911; publicado en 1915), *Melancolía* (1911), *Sonetos espirituales* (de 1914 y 1915, publicado en 1917), *Estío* (de 1915, publicado en 1916), *Diario de un poeta recién casado* (prosa y verso, de 1916; publicado en 1917). Todos estos están representados por secciones en las *Poesías escogidas*; pero hay otras secciones que corresponden a libros no publicados.

En prosa, junto al *Diario*, ha publicado Jiménez *Platero y yo* (selección en 1915; edición completa en 1917), uno de los libros más encantadores de la moderna literatura española. Creo que, a pesar de los aplausos que se le tributan, aún no se sabe apreciar todo lo que significa *Platero y yo*: su tono de ingenuidad perfecta, su fantasía delicada, su prosa límpida, apenas tienen precedentes en castellano.

ahora en adelante, nada en su obra será producto del acaso: cada nueva etapa, por muy inesperada que parezca, será la natural secuela de las anteriores.

III

Poco a poco va sacando a la luz sus tesoros. Las simples notas melancólicas de la flauta pasan, enriqueciéndose, a la plena voz de las cuerdas, como en el adagio de la Novena Sinfonía. El suspiro solitario, lleno de nostalgia, va convirtiéndose en delirio, en éxtasis del alma consigo misma, «ruiseñor de todos sus amores...» Extraño narcisismo espiritual:

...Era más dulce el pensamiento mío
que toda la dulzura del poniente...
...No hay en la vida nada que recuerde
estos dulces ocasos de mi alma.

...Viajero de mis lágrimas, solo, exaltado
[y triste.

Entre tanto, el mundo exterior va poblandose de imágenes, de formas nuevas, y el poeta las va acogiendo con amor ardoroso. En las *Arias tristes*, los toques de paisaje eran pocos, sencillos: blanco, azul, verde, oro; cielo, sol, luna, caminos, árboles... En *Olvidanzas* y *Elegías* la visión se enriquece: no se presenta bajo contornos netos y precisos, sino encendida, aureoleada, bajo tenue niebla luminosa; la exaltación interior se comunica al mundo de las apariencias y lo inflama y lo magnifica:

!Oh plenitud de oro! ¡Encanto verde y lleno
de pájaros! ¡Arroyo de azul, cristal y
[risa!...]
... Cristal de plata y oro del agua de aquel
[prado,]
fruto de sangre y fuego del chopo de oropeles...
Todo andaba cargado de risas y de flores,
el suelo era de juncias, el aire de banderas...
¡Mar de la tarde, mar de rosa,
qué dulce estás entre los pinos!...
En el sopor azul e hirviente de la siesta
el jardín arde al sol...

Y se enriquece también la música de sus versos. Predomina el alejandrino, de sonoridad opulenta, como el de Moréas y Régner; aparecen otros metros, los rítmicos, irregulares, aprendidos del canto popular:

Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...
Cómo suena el violín por la viña,
por la viña amarilla...
El humo del romero quemado nubla, blanco
[y redondo, el sol...

Olvidanzas y *Elegías* representan la plenitud juvenil en la obra de Jiménez, y son valores excepcionales en la moderna poesía española, por la virtud del verso musical que fluye sin caídas, por el esplendor de las imágenes, envueltas en oro bizantino, y por el ímpetu lírico, que salta de poema en poema

como llama inextinguible. Toda la pujanza de la primavera está allí: sólo la hora primaveral de la vida conoce este delirio ante toda belleza, esta fluida maestría de alondra o de ruiseñor en el canto,—el secreto de Safo y de Teócrito, de Keats y de Shelley. Es la hora de la melodía, cuyo encanto quisiéramos perpetuar deteniéndola...

IV

De *Elegías* pasa Juan Ramón Jiménez a *Laberinto*, y luego a través de grupos varios (*Poemas impersonales*, *Estío*, *Historias*, *Apartamiento*), se busca nuevos caminos. Desde *Laberinto* ha cambiado su actitud: si sus versos juveniles estaban llenos de soledad sonora o de coloquios sentimentales, dulces, discretos, como soñados, ahora la presencia femenina es constante, imperiosa. Se siente la proximidad fi-

sica de las mujeres que pueblan los versos, y los ojos del poeta se detienen en la cara, en el cuello, en las manos. Su imaginación rehusa ceñirse a la apariencia, y va siempre más allá de lo que ve:

¡Ay! ¡Tus manos cargadas de rosas!...
¿Se te cayeron de la luna?...
¿Son de agua?...
—Los trajes lijeros, hijos del paisaje...
—Honda
aureola de sangre en tus ojos azules...

El período, sin embargo, es todo de tentativas, y después de *Laberinto*—libro a ratos enervante—el poeta ensaya la descripción impersonal, el realismo, hasta el humorismo. Buen ejercicio, a no dudarlo; los resultados son a veces discutibles; a veces, en cambio, interesantísimos:

...Conozco la miel suya. Y esos lirios de toca
de sus labios son, Madre, de la misma familia
de los ricos corales que ponía en mi boca.

V

NUEVA etapa, la poesía de los conceptos y las emociones trascendentales, principia en la obra de Jiménez con *El silencio de oro*. Continúa luego con *Estío*, con los *Sonetos espirituales*, con los versos del *Diario*, con *Eternidades*, y dura todavía. Sus tres etapas,—canción interior, visión exaltada del amor y del mundo, poesía de las síntesis ideales,—se suceden, claro está, gradualmente; es más, se enlazan y completan unas a otras. Si su manera cambia, el poeta es siempre, en esencia, el mismo: su virtud suprema, la exaltación lírica, persiste a través de toda la obra.

El delirio interior perdura, y se enriquece de ideas, de problemas, de interrogaciones; el sentimiento se va despojando de las tristezas juveniles y se convierte en devoción tranquila, «firme en la excelsitud de su amargura»; la visión de las cosas nunca pierde su esplendor, pero gana en simplicidad, en grandeza de líneas y pureza de colores; la música va moderando su empuje y haciéndose más sutil, hasta llegar a los ritmos intelectuales, abstractos, del verso libre; en general, el poeta se torna más severo, más fuerte, con vigor de madurez.

Su poesía trascendental comienza como poesía de símbolos:

Aquella rosa era veneno.
Aquella espada dió la vida.

Las cosas que atrajeron sus ojos ávidos de hermosura van revelándosele poco a poco: eran primero apariencias brillantes, luego símbolos, después velos transparentes a través de los cuales se contemplan las armonías eternas, las leyes divinas. Y le sucede lo que a todos los platónicos:

GARCÍA MONGE y Cía.

EDITORES

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
APARTADO DE CORREOS 533

Ediciones Sarmiento

A 50 ctms. (20 ctvs. oro am.) cada tomito

- 1.—Juan Maragall: *Elogio de la palabra*.
- 2.—Clarín: *Cuentos*.
- 3 y 4.—José Martí: *Versos*.
- 5.—José Enrique Rodó: *Lecturas*.
- 6.—Enrique José Varona: *Lecturas*.
- 7.—Herodoto: *Narraciones*.
- 8.—Almafuerte: *El Misionero*.
- 9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilis*.
- 10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*.
- 11.—Silverio Lanza: *Cuentos*.
- 12.—Carlos Guido y Spano: *Poemas*.
- 13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde*.
- 14.—R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*.
- 15 y 16.—Rubén Darío en Costa Rica.

El Convivio

A 50 ctms. (20 ctvs. oro am.)

- Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus* (Versos).
Roberto Brenes Mesén: *Pastorales y Jacintos* (Versos).
Manuel Díaz-Rodríguez: *Cuatro Sermones Litúrgicos*.
Pedro Henríquez Ureña: *Antología de la Versificación Rítmica*.
Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote*.
Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada y otras poesías*.
Giacomo Leopardi: *Parini o De la Gloria* (Tratado).
Leopoldo Lugones: *Rubén Darío* (Perfil).
Federico de Onís: *Disciplina y Rebelión* (Conferencia).
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y Heroísmo* (Conferencia).
Eugenio D'Ors: *De la amistad y del diálogo*.
Santiago Pérez: *Artículos y Discursos*.
Ernesto Renán: *Páginas escogidas I*.
Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac* (Ensayo).
José Enrique Rodó: *Cuentos Filosóficos*.
Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares*.
Rabindranath Tagore: *Ejemplos*.
Julio Torri: *Ensayos y Fantasías*.
Juan Valera: *Parsondes y otros cuentos*.
Enrique José Varona: *Emerson* (Perfil).
» » » » Con el eslabón (Pensamientos).
Enrique José Varona: *Con el eslabón* (Segunda Parte).
José Vasconcelos: *Artículos*.
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones y otros artículos*.
Antonio de Villegas: *El Abencerraje* (Novelita).

A 75 céntimos.

José María Chacón y Calvo: *Hermanito menor*.

A € 1-25

Longfellow: *Evangelina*.
Fray Luis de León: *Poesías originales*.

Costa Rica histórica



Un aspecto más de los cepos execrados

*Yo soñaba en la gloria de lo humano
y me hallé en lo divino.*

Desde entonces, toda su preocupación es irse cada vez más adentro hacia las verdades inmarcesibles. Se apoya en los símbolos,—el cielo, el mar, la aurora, la primavera, la luz,—pero su devoción es toda para las esencias puras: la belleza, el amor, el dolor, la poesía, el pensamiento, el ansia de perfección y de eternidad.

A veces ha dado forma a sus visiones en la firme y compacta arquitectura de sus *Sonetos espirituales*, de alta y singular nobleza; donde la expresión tiende a vaciarse en troqueles impecables:

*Eres la primavera verdadera,
rosa de los caminos interiores,
brisa de los secretos corredores
lumbre de la recóndita ladera...*

*El árbol puro del amor eterno...
...Sin otro anhelo
que el de la libertad y la hermosura...
Sin más pasión ni rumbo que la aurora...
Tu rosa será norma de las rosas...*

Pero en general, las nuevas visiones piden nuevos medios de expresión, y el poeta ha roto con los antiguos: ya, en *Eternidades*, cada verso y cada frase son intentos de traducir con exactitud, con nueva intensidad, la desusada concepción poética:

*No sé con qué decirlo,
porque aún no está hecha
mi palabra.*

Y sin embargo, la palabra se va haciendo, a través del libro, y muy a menudo puede decirse que está hecha:

*¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!...
Sé bien que soy tronco
del árbol de lo eterno...
Corazón, da lo mismo: muere o canta...*

En su peregrinación trascendental, no es raro que el poeta escoja rutas arduas, ensaye vuelos desconcertantes. No todos podremos seguirle en todas sus difíciles excursiones; pero podemos, y debemos, seguirlas con interés, aunque a veces haya de ser a distancia, porque en su peregrinación oiremos siempre la voz del canto inagotable y veremos la sinceridad del espíritu platónico que, después de haber conocido y expresado la magia y la hermosura del mundo, aspira a más: aspira a revelarnos su visión del paraíso, del cielo de las ideas puras, y a hacer de la poesía, no sólo el verbo de las cosas bellas, sino la palabra eterna de las cosas divinas.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Minneapolis, 1918.

(Envío del Autor).

TARJETA

BIBLIOTECA «AMERICA»

Santiago de Compostela
(ESPAÑA)

Buenos Aires, agosto de 1919

Señor Director: •

FUNCIONA, oficialmente amparada por el Gobierno español en la Universidad de Santiago de Compostela—España,—la Biblioteca «América», fundada por el suscripto, en 30 de Junio, de 1904.

Es una institución eminentemente americana de difusión cultural y de propaganda.

En razón del fin patriótico que persigue, ruego al señor Director quiera favorecerla con el envío gratuito y permanente de la publicación que Ud. dirige.

De acceder a este pedido, suplico se haga el envío directamente a Biblioteca «América» Santiago—España.

Saluda al señor Director muy atentamente, S. .S.,

GUMERSINDO BUSTO
Suipacha 237. Buenos Aires.

(Al señor Director
de REPERTORIO AMERICANO).

Sí Ud. necesita de mis servicios como ABOGADO, búsqume en la oficina del Lic. don Carlos Brenes Ortiz.
Apartado de Correos 540 ROMULO TOVAR
SAN JOSÉ, C. R.

REVISTA DE LIBROS

FERNANDO MARISTANY. — *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua alemana*. — Valencia, Editorial Cervantes, 1919.

No creemos que el Sr. Maristany haya encontrado, al traducir las poesías líricas alemanas que forman como el cuarto tomo de su antología universal, una tan íntima fruición como en el trato y práctica de los poemas ingleses y portugueses, antes por él traducidos. Si él mismo no lo confesara, pronto se echaría de ver al hojear el volumen. Aunque la responsabilidad de la selección corresponda principalmente al autor del tomo editado, con título igual a este de Maristany, por la casa Gowans, adviértase la ausencia de nombres muy importantes, más aún que los que se admiten, en la poesía anterior al siglo XVIII, y la insuficiente representación de un género muy alemán, la balada romántica. Si todo lo pudiera explicar el epíteto «líricas» que se prende al nombre de poesías en la portada, o un prurito de fidelidad en cuanto a una determinada selección, nada diríamos; pero el género en sí no está ausente, y la investigación propia del traductor le ha llevado a sustituir parte del acopio original para dar entrada a los más señalados poetas vivos. En vista de ello, hubiéramos querido mayor intervención del propio gusto en todas las partes de la antología.

La segunda mitad, más bien más que menos, del libro, se concreta al «lied». ¿Quién duda de que ésta sea la manifestación más puramente lírica de la musa alemana? Es, al mismo tiempo, la más etérea, la que diluye el sentimiento en melodía, y no siempre en imagen; la que limita, por un lado con la pura especulación o con la contemplación no expresada, es decir, con la esencia misma filosófica y poética, y por el otro con lo que justamente llama D. Manuel Montolíu, prologuista del Sr. Maristany, «la sensiblería lacrimosa de ciertas almas impotentes».

Aquí está la cierta y temible dificultad que pone a su traducción esta poesía. ¿Podrán nuevas palabras dar un velo tan sutil, tan maravilloso a un pensamiento poético que el roce más leve está a punto de evaporar? En la parte verdaderamente lírica el Sr. Maristany triunfa, desde luego, porque no se empeña en adornar ni enriquecer lo estricto y desnudo. Si no en todos los casos, en muchos de estos «lieder» su su arte expresivo llega, con suma sencillez de medios, a captar la idea y la forma de su dechado.

Por el contrario, en las poesías mayores, no siempre se pone a buena al-

tura: una composición tan conocida como «El rey de Thule», de Goethe, es muestra de lo que el traductor ha de evitar. No sigue a los versos alemanes ni en ritmo ni, más de una vez, en su genuino dictado; emplea palabras inadmisibles—como ese horroroso «banquear». El que sólo por esta composición hubiera de formarse idea del libro, tendría de él un concepto falso. Esperemos que el éxito haga necesaria una nueva edición y en ella se corrijan todos los defectos.

Quizá sean consideraciones de índole no literaria las que han restringido los nombres de los poetas vivos de modo que no figure en ellos el de Stefan George. No es que éste sea «la última palabra», como apunta a la ligera, el Sr. Montolíu. En el cuadro de la poesía alemana moderna, Stefan George no es ya de hoy, sino de ayer; pero su «ayer» es distinto del de Ricardo Dehmel. Aporta un sentido formal enteramente nuevo, distinto cuño intelectual. Pero tampoco él quiere salir agrupado con sus más notorios contemporáneos en las páginas de las antologías, y la omisión del Sr. Maristany, lejos de causarle desagrado, había de satisfacerle, sin duda aunque sea, para los lectores, muy lamentable.

E. DIEZ-CANEDO

PIERRE DE RONSARD.—*Oeuvres complètes*, publiées par P. Laumonier. París, Lemerre, 8 vol., 160 frs.

HEMOS de señalar a todos los aficionados a poesía esta nueva edición de Ronsard, la más completa y exacta hasta el día, que ha empezado a publicarse en París con los tipos de Lemerre, por M. Laumonier, profesor de la Universidad de Burdeos. Sigue la última edición impresa en vida del poeta, la de 1584, y contiene las demás obras no recogidas en ella, las de dudosa autenticidad y la prosa. M. Laumonier le ha puesto un sabio comentario, en los dos últimos tomos, en el que se estudian, histórica y literariamente, todas las cuestiones suscitadas al rededor de Ronsard, el delicioso poeta olvidado en los tiempos clásicos, resucitado por el gusto moderno. La edición materialmente muy hermosa, ha de satisfacer a los especialistas y a los amigos del libro. Tiene, además, el aliciente de ser la única reimpresión completa del maestro de la Pléyade que se puede obtener hoy en librería.

E. D. C.

(El Sol, Madrid 24 de diciembre de 1919).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

LA DESPENSA

New England y La Gran Vía

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa, en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

Las buenas Revistas de América
Revista de la Enseñanza
 San Salvador - El Salvador

Sumario del número II

- I.—APUNTES SOBRE HIGIENE, por el Dr. Rafael V. Castro.
 II.—LA VOLUNTAD, por don Camilo Campos.
 III.—ANTE EL MAR, por Guyau
 IV.—INFLUENCIA DE LAS IDEAS FALSAS EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS, por Gustavo Le Bon.
 V.—ESTUDIO MATEMÁTICO, por don Andrés Gonzalo Freer.
 VI.—TRES FÁBULAS, por don Luis Andrés Zúñiga.
 VII.—PEDAGOGÍA ESCOLAR, texto de I. Carré y Roger Liquer, traducido por don Julio Connerotte.
 VIII.—LA PATRIA, por Charles Wagner.
 IX.—PROBLEMAS DE EDUCACIÓN INFANTIL, por J. Vásquez Mejía.
 X.—LA VIDA EN EL PUEBLO GRIS, por don Miguel Paredes C.
 XI.—LA TAQUIGRAFÍA, por don Gilberto Valencia R.
 XII.—REPIQUES PEDAGÓGICOS, por don M. Alfonso Ruíz.
 XIII.—CONFERENCIAS A LOS MAESTROS, por el Dr. Carlos Vaz Ferreira.
 XIV.—MAESTROS FALLECIDOS, por don Juan Ramón Uriarte.
 XV.—EL SILENCIO DEL PENSAR, por don Salvador Cañas.
 XVI.—DEL LIBRO DE LA HERMANA, por don Rogelio Sotela.
 XVII.—LA PRINCESA TIOHIL, por don Felipe Villalta.
 XVIII.—CURSO DE MORAL, por don Julio Payot.
 XIX.—LECTURA PARA LOS MAESTROS.—DEFECTOS QUE SUELEN OFRECER LAS LECCIONES, por don Víctor Mercanté.
 XX.—PARA LOS PROFESORES DE ARITMÉTICA MERCANTIL, por Palau Vera.
 XXI.—PROBLEMA DE EDUCACIÓN, por Félix F. Palavicini.

XXII.—INCORRECCIONES EN EL USO DEL LENGUAJE ESCRITO Y HABLADO, por M. Quijano Hernández.

XXIII.—¿EXISTEN VERDADERAS LECCIONES MODELO?, por don J. Vásquez Mejía.

XXIV.—SOBRE EL HONOR Y EL DUELO, por Juan Jacobo Rousseau.

XXV.—EL MAESTRO DE ESCUELA ANTE EL PRESUPUESTO ESCOLAR SALVADOREÑO, por don Manuel A. Herrera L.

XXVI.—LA FUERZA DE LA UNIÓN, por Lamennais.

XXVII.—LA SEGUNDA ENSEÑANZA, por don Antonio Zozaya.

XXVIII.—CIENTOS DE LA PEDAGOGÍA, por J. M. Blásquez de Pedro.

XXIX.—SUMARIA EXPOSICIÓN DE MOTIVOS, por don Juan Ramón Uriarte.

XXX.—VIEJO Y NUEVO, por don Daniel Córdón, h.

Toda persona que desee recibir la «Revista de la Enseñanza», puede solicitarla.

BIBLIOTECA LATINO-AMERICANA

Dirigida por HUGO D. BARBAGELATA

A mis futuros lectores:

EN tiempos en que mi ilustre y querido amigo Francisco García Calderón me hizo el honor de llamarme, con su hermano Ventura, a compartir sus tareas en la dirección de *La Revista de América*, resolvimos fundar una biblioteca latino-americana, que debió difundir la misma sociedad que hoy obtiene la venta exclusiva de los libros por mí escogidos.

La guerra europea nos impidió realizar nuestro proyecto. Concluida aquella—con éxito para las naciones de nuestra simpatía—y llevado el compañero García Calderón a otros altos destinos, me lanzo solo a la empresa segura de que no me podrán hacer reproches de índole moral.

La Literatura, la Historia y el arte serán mis protectores. Me servirán de escudo nombres que encierran toda una realidad, como los de Sarmiento, Montalvo, Magalhães, Gonçalves Dias, Martí, Alberdi, Darío, Rodó, Bello, Heredia, Bilbao, Lastarria, Olmedo, Andrade, Restrepo, Pompo, Cuervo, la Ave-

llaneda, Blest Gana, Irisarri, Zenea, Plácido, Palma, Salaverry, René Moreno, Vicuña Mackenna, Mármol, Juan María Gutiérrez, Alencar, Echeverría, Rafael Núñez, Gutiérrez Nájera, Mera, Caro, Pérez Bonalde, Cecilio Acosta, Guido Spano, Baralt, Calcaño, Florencio Varela, Torres Caicedo, Lamas, González Suárez, Paz Soldán, Barros Arana, Samper, Juan Vicente González, Mitre, Arboleda, Vernhagen, Carrasquilla, Isaacs, José Asunción Silva, Justo Sierra, Ramírez, Miró, Altamirano, Hostos, Flores, Acuña, Carlos Arturo Torres, Machado de Assis, del Casal, Jesús Castellanos, Bunge, Almafuerte, Pedro A. González, Herrera Reissig, Florencio Sánchez, Blixen, Calle, Olavo Bilac, García Calderón, Ingenieros, Zorrilla de San Martín, Chocano, Díaz Mirón, Lugones, Báez, Varona, Gil Fortoul, Gómez Restrepo, Rojas, Valencia, O'Leary, Arciniegas, Mata, Díaz Rodríguez, Eduardo Ferreira, Coll, Crespo Toral, Urbina, Jaimes Freire, Fiallo, Arguedas, Henríquez Ureña, Bernárdez, Melián Lafinur, Reyes, Ugarte, Leguizamón, Pérez Petit, Reyless, Larreta, Payró, Gadea, Regules, Sanín Cano, Riva Agüero, García Godoy, Javier de Viana, Belaúnde, Cestero, Gálvez, Noé, Estrada, Zumeta, Leopoldo Díaz, Acevedo Díaz, Roxlo, Torri, D'Arlach, Rodrigo Octavio, Borrero, Argüello, Aldao, Domínguez, Barrios, Pena, Donoso, D'Almar, de Velasco, Tamayo, Zérega Fombona, Zaldumbide, Amador, Moreno, Key Ayala, Barreda, Turcios, Laferrère, Chirveches, de Mesa, Prado, Castillo, Alarcón, Dublé Urrutia, Maldonado, Segundo, Frías, Mendoza, etc., etc.

EL DIRECTOR,

Con los mejores saludes para su colega el Sr. Monge.

París, enero de 1920 (Rue Pigalle, 8).

NOTA.—La Biblioteca Latino-Americana no recibe subvenciones de ninguna especie, ni defiende país alguno del continente colombiano en detrimento de los otros. Publica tres series de obras selectas sin adulterarlas en lo más mínimo. Sólo se permite adoptar en todas ellas, para darle uniformidad, la ortografía prescrita por la Academia Española de la Lengua.

SE VENDEN:

Las POESÍAS ESCOGIDAS (1899-1917) de Juan Ramón Jiménez, edición de gran lujo a € 12.00.

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES CÉFIROS y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial,

EL LABERINTO

y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los telares de la Compañía. El público puede encontrar

esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—José M^a Calvo y Cía. «La Gloria». —Ismael Vargas, (Mercado).—Sérvulo Zamora, (Mercado).—Manuel Vargas C., (Mercado).—Jaime Vargas C., (Mercado).—Tobías Solera y Cía., (Mercado).—Antonio Alán y Cía.—Colegio de A. Vargas, (Mercado).—Enrique Vargas C., (Mercado).—E. Sión.—Colegio de Señoritas.—Etc., etc.
 Guevara y Cía. «La Buena Sombra» y «La Perla».—Domingo

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105

Teléfono No. 254

SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina—San José, Costa Rica